

DIÁLOGO GLOBAL

6.3

4 ediciones al año en 16 idiomas

La democracia india en guerra
consigo misma

Nandini Sundar

El totalitarismo turco

Cihan Tugal

El fin del lulismo
en Brasil

Ruy Braga

Políticas laborales en la
Argentina neoliberal

Rodolfo Elbert

La historia profunda de la
derecha estadounidense

Arlie Hochschild

Universidad y sociología

- > El ascenso de la universidad corporativa en el Reino Unido
- > Las “guerras de la sociología” en Canadá

En memoria

- > John Urry, 1946-2016

Columnas especiales

- > Campañas estudiantiles contra la violencia sexual
- > La tercera vía de Mondragón
- > Traduciendo *Diálogo Global* al rumano

MAGAZINE



VOLUMEN 6 / NÚMERO 3 / SEPTIEMBRE 2016
www.isa-sociology.org/global-dialogue/

DG

Asociación
Internacional
de Sociología
isa



> Editorial

Populismo del siglo XXI

Entre 2011 y 2014 *Diálogo Global* reportó con optimismo sobre los movimientos sociales que envolvieron al mundo – la primavera árabe, *Occupy*, indignados, movimientos obreros, estudiantiles y ambientalistas, y luchas contra la desposesión rural. Este optimismo tuvo una corta vida, en la medida en que los movimientos sociales dispararon cambios que llevaron a una ola de populismos reaccionarios y regímenes autoritarios. Esta edición da cuenta de este resurgir de la derecha: el análisis de Arlie Hochschild sobre el Trumpismo y el Tea Party en los Estados Unidos, la indagación de Cihan Tuğal sobre el giro autoritario del régimen turco, las explicaciones de Ruy Braga sobre el golpe de estado de la derecha en Brasil, la disección que Rodolfo Elbert hace del giro neoliberal en Argentina y el retrato de Nandini Sundar de la violencia contra el movimiento naxalita en India. Como hemos argumentado en ocasiones previas, estos movimientos pueden entenderse en términos del análisis de Karl Polanyi sobre el excesivo estiramiento del mercado. Específicamente, hoy en día el gobierno del capital financiero ha llevado a la globalización de la precariedad, dando pie a oscilaciones entre populismos de derecha y de izquierda, que comparten el rechazo de la política parlamentaria.

Vemos también cómo opera la financiarización en nuestros sistemas universitarios. En esta edición, Huw Beynon analiza el gerencialismo disfuncional que se ha apoderado de las universidades británicas en su intento por mantenerse económicamente a flote. Describe cómo el sistema de evaluación de la “excelencia” en la investigación produce mediocridad, y cómo la dependencia de los aranceles ha convertido a los estudiantes en consumidores y a las universidades en agencias publicitarias, compitiendo para maximizar la “satisfacción” estudiantil. Queda abierta la pregunta sobre si el modelo corporativo del Reino Unido se expandirá por el resto del mundo, o si prevalecerá la moderación, tal como la describen Nail McLaughlin y Antony Pudgephatt para el caso canadiense, aún cuando incluso allí el mundo académico tuvo que capear el temporal de un primer ministro conservador.

Publicamos cuatro tributos a la vida y obra de John Urry, quien triste e inesperadamente falleció en marzo de este año. John Urry fue uno de los sociólogos más prolíficos y originales del mundo, un pionero en muchísimas áreas: desde la transformación del capitalismo hasta el significado del turismo, que lo llevó a iniciar un programa de investigación sobre las movilidades sociales y geográficas; desde el calentamiento global a su más reciente e inquietante trabajo, *Offshoring*, abocado a la creciente economía del secreto que intensifica las inequidades sociales y las violaciones a los derechos humanos. Probablemente se lo recordará como un pionero en una sociología del futuro que se arriesga a pronosticar las catástrofes a las que nuestro planeta se dirige.

Presentamos otros tres artículos: sobre los movimientos estudiantiles que florecen en Estados Unidos contra el acoso sexual, una defensa de la gran cooperativa Mondragón contra sus críticos y, por último, el aporte del equipo rumano de *Diálogo Global* a los desafíos de la traducción. Esperamos que otros equipos nos escriban pronto sobre sus propias experiencias en la traducción de la sociología desde el inglés a los diferentes idiomas nacionales.

> ***Diálogo Global* puede encontrarse en 16 idiomas en la [página web de la ISA](#)**

> **Las propuestas deben ser enviadas a burawoy@berkeley.edu**



Nandini Sundar, destacada socióloga india de la violencia política y autora de *The Burning Forest*, analiza la guerra en el estado central de Chhattisgarh.



Cihan Tuğal, sociólogo turco y autor de *Passive Revolution: Absorbing the Islamic Challenge to Capitalism*, señala a Turquía como modelo del totalitarismo del siglo XXI.



Ruy Braga, reconocido comentarista de las clases precarias de Brasil y del ascenso y caída del Partido de los Trabajadores (PT), analiza la reciente crisis política brasileña.



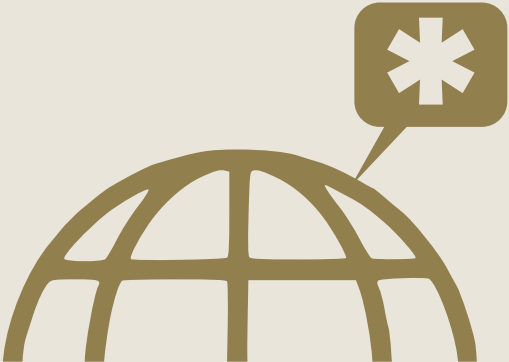
Diálogo Global se hace posible gracias a una generosa donación de **SAGE Publications**.

> Comité editorial

Editor: Michael Burawoy.	
Editora asociada: Gay Seidman.	
Editores jefe: Lola Busuttil, August Bagà.	
Editores consultores: Margaret Abraham, Markus Schulz, Sari Hanafi, Vineeta Sinha, Benjamín Tejerina, Rosemary Barbaret, Izabela Barlinska, Dilek Cindoğlu, Filomin Gutierrez, John Holmwood, Guillermina Jasso, Kalpana Kannabiran, Marina Kurkchiyan, Simon Mapadimeng, Abdul-mumin Sa'ad, Ayse Saktanber, Celi Scalón, Sawako Shirahase, Grazyna Skapska, Evangelia Tastsoglou, Chin-Chun Yi, Elena Zdravomyslova.	
Equipos regionales	
Mundo árabe: Sari Hanafi, Mounir Saidani.	
Argentina: Juan Ignacio Piovani, Pilar Pi Puig, Martín Urtasun.	
Brasil: Gustavo Taniguti, Andreza Galli, Ângelo Martins Júnior, Lucas Amaral, Benno Alves, Julio Davies.	
India: Ishwar Modi, Rashmi Jain, Jyoti Sidana, Pragma Sharma, Nidhi Bansal, Pankaj Bhatnagar.	
Indonesia: Kamanto Sunarto, Hari Nugroho, Lucia Ratih Kusumadewi, Fina Itriya, Indera Ratna Irawati Pattinasarany, Benedictus Hari Juliawan, Mohamad Shohibuddin, Dominggus Elcid Li, Antonius Ario Seto Hardjana.	
Irán: Reyhaneh Javadi, Abdolkarim Bastani, Niayesh Dolati, Mitra Daneshvar, Vahid Lenjanzade.	
Japón: Satomi Yamamoto, Yutaro Shimokawa, Shinsa Kameo, Yuki Nakano.	
Kazajistán: Aigul Zabirowa, Bayan Smagambet, Adil Rodionov, Gani Madi, Almash Tlespayeva, Almas Rakhimbayev, Amangeldi Kurmetuly.	
Polonia: Jakub Barszczewski, Adrianna Drozdowska, Krzysztof Gubański, Justyna Kościńska, Kamil Lipiński, Mikołaj Mierzejewski, Karolina Mikołajewska-Zajac, Adam Müller, Zofia Penza, Teresa Teleżyńska, Anna Wandzel, Justyna Zielińska, Jacek Zych.	
Rumania: Cosima Rughiniş, Corina Brăgaru, Costinel Anuţa, Tatiana Cojocari, Andrei Dobre, Alexandra Isbăşoiu, Rodica Liseanu, Mihai-Bogdan Marian, Anda-Olivia Marin, Ramona Marinache, Anca Mihai, Oana-Elena Negrea, Ion Daniel Popa, Diana Tihan, Elena Tudor, Cristian Constantin Vereş, Carmen Voinea, Irina Zamfirescu.	
Rusia: Elena Zdravomyslova, Anna Kadnikova, Asja Voronkova, Lyubov' Chernyshova, Anastasija Golovneva.	
Taiwán: Jing-Mao Ho.	
Turquía: Gül Çorbacioğlu, Irmak Evren.	
Consultor de medios: Gustavo Taniguti.	
Consultora editorial: Ana Villarreal.	

> En esta edición

Editorial: Populismo del siglo XXI	2
> EL ASCENSO DE LA DERECHA	
Una democracia en guerra consigo misma por Nandini Sundar, India	4
El totalitarismo turco: ¿una tendencia más que una curiosidad cultural? por Cihan Tuğal, EE.UU.	7
El fin del lulismo y el golpe palaciego en Brasil por Ruy Braga, Brasil	11
Políticas laborales y el retorno del neoliberalismo en Argentina por Rodolfo Elbert, Argentina	15
La derecha estadounidense: su historia profunda por Arlie Russell Hochschild, EE.UU.	18
> UNIVERSIDAD Y SOCIOLOGÍA	
El ascenso de la universidad corporativa en el Reino Unido por Huw Beynon, Reino Unido	22
Las “guerras de la sociología” en Canadá por Neil McLaughlin y Antony Puddephatt, Canadá	26
> EN MEMORIA	
Recordando a John Urry y su obra por Andrew Sayer, Reino Unido	29
John Urry, sociólogo del futuro por Scott Lash, Reino Unido	31
John Urry: más que un sociólogo de los sociólogos por Bob Jessop, Reino Unido	33
Sobre proximidades y movi­lidades: conmemorando a John Urry por Mimi Sheller, EE.UU.	35
> COLUMNAS ESPECIALES	
Campañas estudiantiles contra la violencia sexual por Ana Vidu y Tinka Schubert, España	37
La tercera vía de Mondragón: respuesta a Sharryn Kashmir por Ignacio Santa Cruz Ayo y Eva Alonso, España	40
Traduciendo <i>Diálogo Global</i> al rumano por Costinel Anuţa, Corina Brăgaru, Anca Mihai, Oana Negrea, Ion Daniel Popa y Diana Tihan, Rumania	43



> Una democracia en guerra consigo misma

por **Nandini Sundar**, Delhi School of Economics, India



Salwa Judum – justicieros apoyados por el gobierno.
Por un fotógrafo local desconocido.

Nandini Sundar es una reconocida socióloga de la violencia política. Ha dedicado más de 25 años a estudiar Bastar, una zona de intensos conflictos en el estado de Chhattisgarh, en India central. Vivió inicialmente allí mientras investigaba para su tesis doctoral, publicada bajo el título *Subalterns and Sovereigns: An Anthropological History of Bastar 1854-1996* [Subalternos y Soberanos: una historia antropológica de Bastar 1854-1996] (Oxford University Press, 1997). En su nuevo y largamente esperado libro, *The Burning Forest: India's War in Bastar* [El bosque en llamas: la guerra india en Bastar] (Juggernaut Press, 2016), describe en qué se ha convertido esta zona de guerra y cómo ha sido modelada por fuerzas políticas externas. Pero también da cuenta de su experiencia litigando en la Corte Suprema, y de las distintas etapas que durante casi una década ha atravesado de un proceso legal en búsqueda de una orden constitucional contra la justicia por mano propia y a favor de reparaciones para las víctimas de violaciones de los derechos humanos. A pesar de que ella y sus colegas consiguieron una impresionante sentencia en 2011, el estado simplemente ignoró las decisiones de la Corte y continuó su campaña de contrainsurgencia. *The Burning Forest* busca capturar esta mezcla de fracaso institucional, impunidad estatal y resiliencia pública presentes en la democracia india desde su formación.

La democracia india despierta fuertes opiniones. La posición dominante, sostenida por los políticos indios, los principales medios de comunicación y las élites, argumenta que la India, en tanto sociedad postcolonial, puede enorgullecerse de contar con sufragio universal, federalismo, subordinación del ejército al poder civil e independencia judicial. Los activistas, por otro lado, tienden a ser más críticos: denuncian que la democracia india es una “farsa” y señalan las continuidades coloniales en las leyes de “emergencia” como el Acta de Poderes Especiales para las Fuerzas Armadas del Noroeste (AFSPA, por su sigla en inglés), que autoriza al ejército disparar a matar bajo meras sospechas. También denuncian las frecuentes ejecuciones extrajudiciales; las muertes de personas bajo custodia; las torturas, violaciones y desapariciones, así como las masacres organizadas contra minorías como sikhs (Delhi, 1984) y musulmanes (Gujarat, 2002), vinculadas al partido gobernante.

Los estudios sobre la democracia india suelen provenir de la ciencia política y se enfocan mayoritariamente en los partidos políticos, las elecciones, los marcos institucionales y regímenes de desarrollo, adoptando en general un enfoque centrista. En *The Burning Forest: India's War in Bastar*, por el contrario, emprendo una indagación sociológica de las campañas contrainsurgentes en curso contra lo que el gobierno llama “extremismo de izquierda”, y exploro qué nos revelan sobre la democracia india.

La actual ofensiva india contra las guerrillas maoístas afiliadas al Partido Comunista de la India (maoísta) – “naxalitas”, como se las conoce popularmente – lleva ya una década. Sin embargo, a diferencia de la primera etapa del movimiento naxalita, que comenzó a fines de la década del sesenta y fue brutalmente aplastada en los setenta, que atrajo la atención académica, sobre la fase actual sólo contamos con unos pocos libros detallados. Esto se debe a las dificultades para investigar en un campo tan disputado y sujeto a estricta seguridad, pero también responde a que el movimiento se concentra actualmente en pueblos indígenas, o en castas y tribus registradas que habitan áreas rurales o boscosas, a diferencia de la fase inicial, en la que contó también con simpatizantes de clase media, urbanos y estudiantes. Hoy en día, la mayoría de las descripciones del conflicto provienen, por un lado, de periodistas que han viajado con los maoístas y, por el otro, de informes de los *think tanks* de seguridad.

A pesar de que el movimiento está diseminado por varios estados, el epicentro de la guerra es una región densamente boscosa y rica en minerales conocida como Bastar. La región, ubicada en el estado de Chhattisgarh en el centro de India – con 39.114 kilómetros cuadrados de extensión –, se encuentra habitada mayoritariamente por *adivasis* o pueblos indígenas. Los maoístas llegaron inicialmente desde el estado vecino de Andhra Pradesh, intentando replegarse frente a la represión, pero los habitantes

locales empezaron a hacer sus propias demandas. Desde principios de la década de 1980 los maoístas han establecido un virtual estado paralelo – distribuyen la tierra, organizan grupos de trabajo colectivo, resuelven disputas, imponen impuestos a los contratistas y participan de las minucias de las relaciones íntimas. En la medida que los aldeanos participaron de la construcción del estado maoísta lo fueron moldeando con sus propias tradiciones culturales.

En junio de 2005 los gobiernos nacional y estatal crearon una informe organización de justicia por mano propia llamada *Salwa Judum* (literalmente, “caza de purificación”) en el sur y el oeste de Bastar, a la que definieron como un “movimiento popular” espontáneo contra la violencia naxalita. Esta campaña fue facilitada por la subyacente configuración de clase de la región: el racismo de los colonos hacia los indígenas apoya y agrava la ofensiva modernizadora estatal, basada en el desplazamiento de los pueblos indígenas para favorecer la minería y la industria. Los líderes de *Salwa Judum* han sido mayoritariamente inmigrantes no indígenas o clientes de poderosos políticos, ya sea del gobernante Partido Popular Indio (BJP, por sus siglas en inglés) o del Partido del Congreso, quienes se sintieron amenazados por los maoístas – considerados el mayor obstáculo a la minería y a los planes de inversión en la región.

Entre 2005 y 2007 los combatientes de *Salwa Judum*, acompañados por las fuerzas de seguridad, quemaron casas, saquearon granos, ganado y dinero, violaron y mataron aldeanos. Los maoístas respondieron con ataques a las fuerzas de seguridad. Alrededor de 50.000 aldeanos fueron desplazados forzosamente hacia “campos de asistencia”, mientras un número similar huyó a los estados vecinos o se internó en los bosques. Para los aldeanos que fueron desplazados y divididos, éste fue el evento más traumático de sus vidas, y a pesar de que las personas comenzaron a retornar gradualmente después del 2007, la situación sigue siendo turbulenta.

Oficialmente, 2.468 personas – civiles, fuerzas de seguridad y cuadros maoístas – murieron en Chhattisgarh entre 2005 y 2016. El número real es casi con certeza más alto. La mayoría de las muertes ocurrieron en 2005-2007 y 2009-2011, durante la Operación Caza Verde, cuando el gobierno envió las “fuerzas centrales de policía armada” (CAPF, por su sigla en inglés), que se encuentran un nivel por debajo del ejército, junto con drones no tripulados, helicópteros y tanques antiminas.

Siguiendo una práctica contrainsurgente convencional, el gobierno reclutó los maoístas rendidos para la identificación de sus camaradas, así como a jóvenes locales que pensaron que estaban simplemente aplicando para trabajar como policías. Sin poder retornar a sus aldeas, estos Oficiales Especiales de Policía (SPOs, por su sigla en inglés) viven ahora en campos policiales, a pesar de ser

despreciados por las fuerzas regulares de policía. Mientras que parte del personal de seguridad aplica el gatillo fácil y disfruta de matar porque sí, tanto por las medallas como el dinero que recibe, otros, con impotencia, se sienten involucrados en el conflicto. Por su parte, los políticos y oficiales de alto rango de las fuerzas de seguridad se muestran mayormente indiferentes ante la tragedia humana de todas las partes.

Hoy en día Bastar es la zona más militarizada del país, con campos de seguridad cercados de alambres de púas cada cinco o diez kilómetros. Aunque se reconoce ampliamente que las causas primarias del apoyo popular a los maoístas son la explotación y la falta de salud y educación básica, los gastos gubernamentales en medidas de seguridad superan por amplio margen la inversión en bienestar social.

Dadas las similitudes con otras campañas contrainsurgentes, vale la pena preguntarse si hace alguna diferencia que la campaña se lleve a cabo en una democracia, en lugar de un régimen militar o colonial. ¿Cómo han reaccionado los diferentes actores e instituciones, desde los partidos políticos y las organizaciones de derechos humanos hasta los medios de comunicación y el poder judicial?

La política parlamentaria ha sido irrelevante en la guerra, ya que los dos partidos dominantes, el del Congreso y el BJP, colaboraron en su promoción. El Partido Comunista de la India en el parlamento local ha cumplido un rol destacado, a pesar de la fuerte represión, pero no tiene mucha influencia nacional. Instituciones estatutarias, como la Comisión Nacional de Derechos Humanos, no sólo se han mostrado desinteresadas, sino que han sido activamente transigentes; mientras que las elecciones periódicas y las instituciones de resarcimiento son vistas como legitimadoras del estado, independientemente de que sean efectivas o democráticas.

La India cuenta con medios libres y vigorosos. Sin embargo, las masivas violaciones a los derechos humanos en la contrainsurgencia no se han convertido en un tema de interés nacional. Esto se debe a los intereses económicos de las corporaciones mediáticas y su preocupación por no molestar al gobierno más allá de un cierto punto, pero también a que la contrainsurgencia se despliega en zonas “remotas” alejadas de los centros urbanos y a la virtual inexistencia de reporteros indígenas o de castas bajas. La atención mediática sobre Bastar ha atravesado ciclos, desde un completo descuido hasta una cobertura relativamente completa. Pero esto no ha llevado a que el gobierno rinda cuentas. Las diferencias estructurales entre los medios en inglés y en hindi, estos últimos operando bajo restricciones económicas y políticas más severas, también han afectado la cobertura.

Las organizaciones de derechos humanos han jugado un papel central develando los abusos, negociando rehenes



Aldeanos caminando largas distancias para protestar contra Salwa Judum. Por un fotógrafo local desconocido.

con los maoístas y enmarcando el debate en torno de la violencia estatal y guerrillera. Al mismo tiempo, la creciente confianza de los activistas urbanos de derechos humanos en las redes de internet acaba por ocultar cuestiones que son críticas en el terreno. En Chhattisgarh, la justicia por mano propia apoyada por el estado fue acompañada por la promulgación de una ley antiterrorista indefinida. Su utilización en el arresto de un reconocido doctor y activista por los derechos civiles provocó consternación en las redes de clase media, aunque la campaña por su liberación fue casi irrelevante para los ciudadanos indígenas, que siguen siendo blancos de la violencia contrainsurgente sin esperanza alguna de debido proceso.

Mientras que las cortes locales han fracasado sistemáticamente, generando altas tasas de encarcelamiento entre los aldeanos y sobrepoblación en las cárceles de Chhattisgarh, la Corte Suprema de la India ha desempeñado un papel importante en el reconocimiento de las violaciones masivas en Bastar. No obstante, las interminables demoras y dilaciones, así como la capacidad del estado para ignorar las órdenes de la Corte, han hecho que su mensaje no se traduzca en justicia en el terreno. A pesar del claro mandato al estado de Chhattisgarh, en 2011, de desmantelar las organizaciones de justicia por mano propia como Salwa Judum, dejar de reclutar locales para las operaciones contrainsurgentes, compensar a las víctimas del conflicto y castigar a los culpables, el estado simplemente ha persistido en sus violaciones, como si la Corte nunca se hubiera pronunciado.

Desde la llegada al poder del régimen Modi en 2014, varios elementos de Salwa Judum se han revitalizado; para el BJP, el apoyo estatal a la justicia por mano propia es la forma normal de hacer política en todo el país. Aun así, los ciudadanos continúan creyendo y luchando por un proyecto democrático, aunque la democracia realmente existente deje mucho que desear. ■

Dirigir toda la correspondencia a Nandini Sundar <nandinisundar@yahoo.com>

> El totalitarismo turco, ¿una tendencia más que una curiosidad cultural?

por **Cihan Tugal**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU.



El trabajoso cese de hostilidades de 2013 entre las autoridades turcas y el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), fue violado por Ankara en el verano de 2015.

El fuerte giro autoritario de Turquía ha sorprendido a muchos observadores: hace no mucho tiempo el país era un celebrado ejemplo de liberalismo que se destacaba en una región marcada por turbulencias. Los analistas ahora buscan las causas de esta transformación en la personalidad del presidente Erdoğan o en características excepcionales de la cultura turca.

Pero un análisis del éxito liberal mismo ofrece más pistas (y presagios para el Occidente democrático). La “democracia

liberal” fue alguna vez considerada el mayor logro de la humanidad, pero si “liberalismo” denota la apoteosis de la propiedad individual y la libertad, lo que en nuestra era va codo a codo con la (neo-)liberalización (privatización de la propiedad, reestructuración del estado de bienestar para asegurar la autosuficiencia de los individuos, y financiarización), el caso turco muestra que liberalización y democratización pueden seguir juntas sólo por un tiempo determinado, dependiendo de factores como la fuerza represiva e incorporativa del estado, así como de la capacidad civil y política.

>>

Las recientes experiencias turcas pueden contener advertencias para el resto del mundo. Alguna vez, los intelectuales creyeron que los países menos desarrollados podían ver su propio futuro en la experiencia de las naciones más vigorosamente capitalistas. Después de la debacle de 1930, sin embargo, muchos sugirieron que lo contrario también podía ser cierto: a fin de cuentas los europeos experimentaron lo que los nativos habían soportado durante la colonización. El empoderamiento de las masas y la propiedad/libertad individual se socavaron mutuamente hasta un punto de inflexión en la historia (los años de entreguerras). ¿Podrían estos dos amplios objetivos dinamitarse mutuamente otra vez?

> Un falso paraíso liberal

Turquía solía ser el país más secular y democrático en Medio Oriente. Su engañosa excepcionalidad se basaba en la democratización del paquete “kemalista” por parte de partidos conservadores. Desde la década de 1950, muchos partidos de centroderecha liberalizaron gradualmente el régimen nacionalista, corporativista y secularista que Mustafá Kemal había construido en la primera mitad del siglo XX. En la década de 2000, una nueva organización política, el Partido de la Justicia y el Desarrollo, socializó aún más la agenda de centroderecha, combinando las tradiciones islamistas y conservadoras del país; un cambio que provocó entusiasmo popular e intelectual por las reformas neoliberales, que en la década de 1970 habían producido apatía o rotunda oposición en la región.

Sin embargo, esta brillante y exitosa historia tenía un lado más oscuro. La narrativa prevaleciente, que aún presenta la liberalización de Turquía de la década de 2000 como un “modelo”, soslaya la represión de grupos que desafiaron al gobierno: alevíes, huelguistas, ambientalistas, izquierdistas y, ocasionalmente, los kurdos. Tanto el mundo occidental como los liberales turcos eligieron restarle importancia a la agenda sectaria y cultural del Partido de la Justicia y el Desarrollo, percibiendo la represión como un costo menor en relación con lo que el partido logró: altas tasas de crecimiento y marginación de las otrora dominantes fuerzas armadas kemalistas. La destrucción ambiental, las muertes de trabajadores, los bajos salarios, la despolitización, la desindicalización, el creciente sectarismo sunita, la violencia patriarcal, y el desplazamiento urbano causado por esos logros (o que al menos los acompañaron y reforzaron) recibieron poca atención.

Durante los dos primeros mandatos del Partido de la Justicia y el Desarrollo, la liberalización política y económica produjo muchas injusticias y abrió espacios para protestar contra ellas. En el verano de 2013, movimientos urbanos y ambientales, que habían estado cocinándose a fuego lento por debajo del radar, rompieron sus fronteras locales. Cuando espontáneamente se les unieron movilizaciones de mujeres, de alevíes y de laicos estalló el

levantamiento urbano más masivo en la historia turca (la Rebelión Gezi). Sin embargo, aunque millones de ciudadanos participaron, no pudieron crear una plataforma política común. Los líderes kurdos y de los trabajadores brindaron sólo un apoyo limitado a las protestas Gezi, mientras que los principales grupos izquierdistas intentaron con poco entusiasmo, en el mejor de los casos, encauzar la revuelta en una dirección más política. Las tres fuerzas pagaron mucho en los años siguientes por su combinación de reticencia, confusión e incapacidad.

En 2013, consternados por el cada vez más intenso bombardeo islámico y autoritario del gobierno, muchos liberales apoyaron la revuelta e intentaron, sin éxito, impulsarla en una dirección liberal: la revuelta se mostró incapaz de extender su agenda más allá del propósito inicial de salvar de la destrucción el principal parque urbano de Turquía.

> La mutación del liberalismo en totalitarismo

A pesar del carácter fracturado de la revuelta, el gobierno se mantuvo apegado a su narrativa conspirativa y aplicó mano dura contra la rebelión. Más tarde, el partido gobernante se volvió no sólo más autoritario, sino también más totalitario, movilizando sus bases contra las voces opositoras.

¿Por qué ocurrió esta transformación? El liberalismo multiplica los puntos de tensión social en lugar de contenerlos – en contraste con las tendencias del corporativismo. Formas de gobierno estructuralmente más fuertes pueden contener, absorber y reprimir tensiones sin perturbar el liberalismo; estados débiles, por el contrario, están menos equipados para manejar tensiones explosivas dentro de los límites del liberalismo. Especialmente cuando los regímenes enfrentan una fuerte oposición, las instituciones establecidas y la represión pueden no ser suficientes para controlar los movimientos de protesta. En tales contextos, las élites pueden recurrir a contra-movilizaciones, sentando las bases para el totalitarismo – un sendero moldeado no sólo por los llamados a la acción de la élite, sino también por la presencia de grupos políticos y civiles listos para responder.

Dichas redes estaban ampliamente disponibles en el Partido de la Justicia y el Desarrollo de Turquía: se habían construido sobre la base de sus raíces en la movilización islamista desde la década de 1960 hasta la de 1990. Después de 2013, respondiendo a lo que percibió como amenazas crecientes, el régimen turco se desplazó desde lo que llamo “totalitarismo blando” hacia un “totalitarismo duro”, movilizándose en primer lugar contra alevíes, huelguistas, ambientalistas y socialistas, y luego contra los liberales.

Irónicamente, la purga más fuerte post-2013 tuvo como objetivo un grupo liberal islámico, el Movimiento de Gülen



El fallido golpe militar del 16 de julio de 2016 en Turquía ha hecho el juego de Erdoğan, conduciendo a una profundización del autoritarismo.

– actor líder del totalitarismo blando, que había penetrado una por una las instituciones, vaciándolas silenciosamente de figuras del viejo régimen, alevíes e izquierdistas. El grupo había manejado estas purgas discretamente, en claro contraste con las actuales expulsiones ampliamente publicitadas y ceremonializadas. Había habido algunas peleas entre el Movimiento de Gülen y antiguos cuadros islamistas respecto de cómo repartir los botines del poder, pero esto no se fue de las manos hasta que las relaciones de Erdoğan con Israel se tensionaron. Gülen (un clérigo con lazos profundos con grupos lobistas estadounidenses y otros centros de poder occidentales) era ya receloso del tono anti-israelí de Erdoğan. El punto de inflexión, sin embargo, fue el intento de romper el bloqueo de Gaza por parte de una asociación de caridad turca, respaldada por Erdoğan. Gülen dio una entrevista al *Washington Post*, declarando la acción no-islámica por haber desafiado la autoridad. Después de esto, los dos componentes del “primer” régimen del Partido de la Justicia y el Desarrollo se separaron gradualmente – lo que tuvo un costo significativo para el régimen dado que no tenía cuadros de alta calidad para poblar las instituciones. Esto alentó el gusto y la dependencia del régimen de las movilizaciones masivas y del fanatismo.

A este impulso nacional hacia el totalitarismo se añadió una dinámica más regional, aunque también contingente: los levantamientos árabes dieron esperanza a los hasta entonces adormilados círculos islamistas de Turquía. Excepto por pequeños grupos de liberales en la derecha y radicales en la izquierda, los islamistas turcos siempre soñaron con revivir el Imperio Otomano. Durante la década precedente, los líderes del Partido de la Justicia y el Desarrollo habían bajado el tono de su militancia gracias a una combinación de pragmatismo político y la expectativa de nuevos botines económicos y políticos, pero entre 2011 y 2013, las hasta entonces apenas contenidas ambiciones imperiales del partido se fortalecieron y finalmente se salieron de control.

Los simpatizantes liberales y occidentales del Partido de la Justicia y el Desarrollo habían confiado en que las inclinaciones imperiales de larga data podrían ser institucionalizadas a través de una estrategia de “poder blando”, un resultado prometido por las dos doctrinas del antiguo

académico, ministro de relaciones exteriores y luego primer ministro, Ahmed Davutoğlu (“Cero problemas con los vecinos” y “Profundidad estratégica”). Inicialmente, los levantamientos árabes parecieron propensos a blindar aún más los esfuerzos de Davutoğlu, pero fue purgado en 2016. ¿Por qué? ¿Por la personalidad de Erdoğan? No realmente. Si el régimen hubiera podido capitalizar las primaveras árabes como había deseado, no habría necesitado abandonar la estrategia de poder blando. Como muchos otros poderes capitalistas en expansión, el nexo gobierno-negocios en Turquía buscó incrementar su participación en los mercados externos. Pero a causa de la agitación laboral, la fragmentación política, y finalmente las guerras civiles e intervenciones militares, Egipto, Libia y Siria – los mercados más viables para los capitalistas turcos – ya no parecieron tan buenos para los negocios. Estos cuellos de botella geopolítico-socioeconómicos, junto con un mercado mundial en contracción, restringieron la expansión de los negocios. El régimen tenía mucho menos efectivo para distribuir entre su base – creando nuevos problemas para la clase burguesa islámica previamente en expansión y para sus programas de bienestar, que habían comprado el consenso de los pobres urbanos. Con menos recursos para obtener resultados económicos, el régimen agudizó sus credenciales islámicas.

En Siria, los esfuerzos iniciales de Turquía para remover suavemente a Assad y abrir el camino a un gobierno islámico más amigable con los negocios fueron sobrepasados por un esfuerzo sectario por construir un estado sunita a cualquier precio. Los errores de cálculo turcos contribuyeron al nacimiento del Estado islámico, que primero pareció ser un buen contrapeso contra los kurdos, pero luego socavó la estabilidad, el turismo y las perspectivas de negocios incluso en el oeste y el sur de Turquía. Además, la percepción de cooperación entre yihadistas anti-Assad y la única democracia islámica de Medio Oriente reforzaron las narrativas occidentales acerca de la incompatibilidad del Islam con la democracia.

La secuela de estos eventos tiene implicaciones globales. El aventurismo de Turquía ha destruido Siria, ha llevado a una histórica oleada migratoria hacia Europa y, como consecuencia de ello, a la ola más fuerte de movilización de derecha en el continente desde la guerra mundial. Aci-

cateado en parte por los miedos al islamismo militante, el ascenso de la derecha europea envió una clara señal a Turquía: la membresía plena en la Unión Europea ya no es una posibilidad. Esto se había vuelto claro después de 2006, pero su comprensión no afectó radicalmente la agenda del partido gobernante hasta la década de 2010, cuando la pérdida de esperanza en la adhesión europea se combinó con las otras dinámicas para socavar la liberalización. En la medida que los árabes se alzaron con gritos de libertad (un anhelo que las élites turcas esperaron poder manipular en favor de sus ambiciones imperiales y de negocios), los islamistas turcos perdieron su interés de larga data en cortejar a Europa.

> **Cómo el camino de Turquía podría ser repetido en cualquier lugar**

Aun cuando algunas de estas dinámicas son particulares de Turquía, las estructuras generales que están socavando el liberalismo a lo largo del globo podrían crear más casos como el de Turquía – especialmente dado que muchas de estas dinámicas implican interacciones entre (y dentro de) regiones y naciones, así como interacciones entre procesos nacionales y globales. Más importante, el fuerte giro mundial de derecha en los círculos islámicos ha conmovido a todo el Occidente, incitando no sólo a la segu-

ridización de los gobiernos sino también a la movilización de derecha. Este círculo vicioso procesual tiene, además, otros apuntalamientos globales-estructurales.

Los dos ciclos de liberalización más importantes de la historia moderna tuvieron efectos a nivel global. En ambos periodos, la desintegración fue/es tanto global como local. Luego de la década de 1920, el desarrollo del liberalismo clásico llevó al liberalismo integrado en los Estados Unidos y Europa Occidental, y a estados extremadamente represivos o totalitarismos de masas en el Este. Por causa de las debilitadas capacidades sociales y la creciente seguridización a lo largo del globo, el liberalismo integrado parece cada vez menos probable luego del amenazador colapso actual.

A menos que intelectuales, políticos y activistas tengan éxito en construir una alternativa global fuerte, la movilización de masas podría producir estados totalitarios más duraderos en los próximos años, incluso en Occidente. Las experiencias de Turquía son una advertencia para todos: las revoluciones fallidas conducen habitualmente a regímenes aún más monstruosos. Especialmente en el contexto presente, si agendas sólidas y organizaciones políticas no cristalizan después de nuevas versiones de Gezi, *Occupy* e Indignados, los costos podrían ser muy altos para todos. ■

Dirigir toda la correspondencia a Cihan Tuğal <ctugal@berkeley.edu>

> El fin del lulismo y el golpe palaciego en Brasil

por **Ruy Braga**, Universidad de São Paulo, Brasil, miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Movimientos obreros (RC44)



Golpe parlamentario en Brasil cuando la cámara baja votó a favor del impeachment de la presidenta Rousseff.

En general, los análisis de la actual crisis política y económica brasileña enfatizan los “errores” en las políticas económicas del gobierno que la presidenta Dilma Rousseff, del Partido de los Trabajadores (PT), heredó de su predecesor, Luíz Inácio Lula da Silva. Aunque es verdad que algunas decisiones sobre políticas federales interfirieron con las dinámicas de la puja distributiva en Brasil,

este foco en la regulación política es demasiado estrecho para iluminar la complejidad de la crisis. Estas explicaciones tienden a ocultar los cambios en la estructura de clases que ocurrieron durante la era Lula (2002-2010) y subestiman el impacto de la crisis económica internacional. En realidad, este tipo de análisis fracasan a la hora de explicar cómo la relación entre regulación política y acumulación económica no sólo no logró

pacificar los conflictos de clase, sino que los radicalizó.

> Cielos de huelga

En el mundo del trabajo, el colapso de cualquier armisticio entre clases dominantes y subalternas suele producirse por una ola de huelgas. De acuerdo con los últimos datos del Sistema de Seguimiento de Huelgas del Departamento Intersindical de

>>

Estadísticas y Estudios Socioeconómicos (SAG-DIEESE, por su sigla en portugués), los trabajadores brasileños montaron una ola de huelgas sin precedentes en 2013, llegando a 2.050 huelgas, estableciendo así un récord histórico con un incremento del 134% con relación al año anterior. De esta manera, el país revirtió el elevado descenso de las huelgas de las últimas dos décadas y el movimiento sindical recuperó al menos parte de su fuerza política. En muchas capitales de estado las huelgas de trabajadores bancarios se han vuelto rutina. Docentes, empleados públicos, trabajadores metalúrgicos, obreros de la construcción, maquinistas ferroviarios, choferes de autobuses y cobradores de pasajes también incrementaron su movilización sindical entre 2013 y 2015. Del mismo modo, las huelgas de trabajadores del sector privado han aumentado significativamente desde 2012.

En 2013 las huelgas del sector privado representaron el 54% del total. Una mención especial merece la explosión de acciones sindicales en el sector de servicios, cuyos trabajadores semi-calificados o no calificados, en muchos casos tercerizados y mal pagos, se encuentran sujetos a contratos precarios sin los derechos laborales convencionales. Además de los empleados bancarios, que realizaron ocho huelgas nacionales, los trabajadores de otros sectores como turismo, limpieza, salud privada, seguridad, educación, comunicación y transporte se mostraron especialmente activos.

En general, la actividad sindical se expandió por fuera de las categorías laborales tradicionalmente asociadas a la militancia obrera. Incluso en el sector público crecieron las huelgas de trabajadores municipales, que tienden a ubicarse entre los más precarizados de la administración estatal. En conjunto, tanto en la esfera privada como en la pública la actividad huelguística se desplazó “desde el centro a la periferia” del

movimiento sindical, involucrando una creciente movilización del precariado urbano.

Si tenemos en cuenta su magnitud, este ciclo de luchas constituye quizás la explicación más subestimada de la actual crisis política: a las clases dominantes simplemente no les sirve una burocracia sindical que se ha mostrado incapaz de controlar sus bases. Desde esta perspectiva, el único proyecto fiable para la clase dominante es la restauración de la acumulación capitalista a través de un ataque a los derechos de los trabajadores que profundice la desposesión social.

Tanto este ciclo de huelgas como las vicisitudes que enfrentan las clases subalternas brasileñas en sus precarias formas de vida revelan los límites y ambigüedades inherentes al proyecto lulista. Para comprender las contradicciones de este proyecto debemos analizar los límites de la precaria hegemonía lograda por el PT durante los últimos trece años.

> Hegemonía precaria

En tanto modo de regulación del conflicto de clases, el lulismo, como relación social hegemónica, se basó en la articulación de dos formas de consentimiento diferentes, pero a la vez complementarias, que en conjunto produjeron una década de relativa paz social en el país. Las clases subalternas brasileñas dieron su consentimiento *pasivo* a un proyecto de gobierno impulsado por la burocracia sindical, que aseguró modestas pero efectivas concesiones a los trabajadores – durante un período de expansión económica.

El *subproletariado semi-rural* que se benefició del programa *Bolsa Família*, pudo elevarse desde la pobreza extrema hasta la línea de pobreza oficial. El precariado urbano también fue seducido por los incrementos del salario mínimo por encima de la tasa de inflación, así como por la formalización del mercado laboral y

la creación de empleo. Los trabajadores afiliados a los sindicatos se beneficiaron del floreciente mercado laboral, logrando mejoras salariales y beneficios a través de la negociación colectiva.¹

Al menos hasta las elecciones presidenciales de 2014 el PT combinó políticas redistributivas, creación de trabajo formal y acceso popular al crédito, promoviendo una ligera desconcentración en la distribución del ingreso nacional. En un país famoso por sus inequidades sociales, este pequeño avance fue suficiente para asegurar el consentimiento de las clases subalternas hacia las políticas de regulación del lulismo.

Al mismo tiempo, el gobierno del PT logró combinar los intereses de los burócratas sindicales, los líderes de los movimientos sociales y la clase media intelectual, creando las bases para un *consentimiento activo* hacia el lulismo, organizado alrededor del aparato estatal. Miles de sindicalistas fueron absorbidos como consejeros parlamentarios, en los ministerios o en las empresas estatales, mientras que algunos burócratas sindicales asumieron posiciones estratégicas en los directorios de importantes fondos de pensión manejados por el estado como fondos de inversión. Miembros y simpatizantes del PT también fueron nominados en puestos gerenciales en tres de los principales bancos nacionales: el Banco Nacional del Desarrollo (BNDES), el Banco de Brasil y la *Caixa Econômica Federal*.

Por consiguiente, el sindicalismo lulista no sólo se convirtió en un activo administrador del estado burgués, sino en un actor clave en la dirección de las inversiones capitalistas en el país. Como este poder político y administrativo no implica la propiedad del capital, la posición social privilegiada de la burocracia sindical dependía del control del aparato político. Y para reproducir este control, tanto los intereses de sus históricos aliados – los niveles medios de la

burocracia y la pequeña burguesía intelectual –, y de sus enemigos – las capas hostiles de la burocracia y los grupos sectarios con intereses corporativos – debían ser acomodados dentro del aparato estatal.

A pesar de que esta estrategia fue entorpecida por la aceptación de las reglas antidemocráticas del juego electoral brasileño por parte del gobierno del PT, incluyendo el intento durante el primer gobierno de Lula de comprar directamente el apoyo parlamentario, para 2014 la hegemonía lulista había logrado un notable éxito en reproducir tanto el *consentimiento pasivo* de las masas como el *activo* de los líderes de sindicatos y movimientos sociales.

> Las contradicciones del lulismo

De todas formas, las contradicciones sociales, ya evidentes durante la expansión económica entre 2003 y 2014, presagiaban la actual crisis. Aunque el crecimiento de los salarios de los trabajadores formales fue impresionante, alrededor del 94% de los empleos creados durante la primera década del gobierno del PT se pagaba apenas 1,5 veces el salario mínimo (aproximadamente unos 250 dólares mensuales) o menos. Para 2014, a medida que la economía se desaceleraba, alrededor del 97,5% de los nuevos trabajos era de esta categoría, y ocupaban en su mayoría mujeres, jóvenes y negros – es decir, los trabajadores tradicionalmente peor remunerados y más discriminados.

Al mismo tiempo, año tras año los números de accidentes y muertes laborales se incrementaron, así como las tasas de rotación laboral, indicando ambos patrones un deterioro en la calidad del trabajo. Una crisis económica cada vez más profunda y el cambio hacia una política de austeridad durante el segundo gobierno de Dilma Rousseff, desde el 2014, fortalecieron estas tendencias regresivas y llevaron a los obreros sindicalizados a la huelga.



El ex-presidente Lula y Dilma Rousseff, presidenta recientemente destituida, líderes del Partido de los Trabajadores que gobernó Brasil por trece años.

Aunque ya estaba empezando a flaquear, el apoyo del proletariado precario le aseguró a Dilma Rousseff la victoria en segunda vuelta en las elecciones presidenciales del 2014. Pero este apoyo se basaba en la asunción de que el gobierno del PT mantendría el empleo formal (aunque poco calificado y mal pago). La contracción cíclica producida por los recortes en el gasto federal ha generado un incremento del desempleo tanto entre el precariado urbano como en la clase obrera organizada: de acuerdo con las últimas investigaciones, la tasa de desempleo brasileña aumentó de 7,9% a 10,2% en los últimos doce meses.

Por otro lado, la clase media tradicional ha evolucionado hacia una agenda económica y política marcadamente de derechas, incluyendo a aquellos que habían mantenido una alianza con el PT y a la principal federación sindical, CUT, al menos hasta el escándalo de compra de votos del 2005 conocido como “Mensalão”. No es difícil imaginar por qué. El progreso en la formalización del empleo doméstico aumentó los salarios de mucamas, mientras que el recalentado mercado laboral disparó el costo de los servicios en general – produciendo un impacto inmediato en los

estilos de vida de la clase media. A su vez, el incremento del consumo de masas ligado a los aumentos salariales entre los hogares más pobres significó una “invasión” de espacios previamente reservados por las clases medias tradicionales, como centros comerciales o aeropuertos.

Por último, el incremento de plazas en universidades privadas de baja calidad para hijos de trabajadores intensificó la competencia por trabajos anteriormente reservados a los hijos de la clase media. Cuando el escándalo “Petrobrão”, ligado a los retornos y el lavado de dinero en la compañía estatal de petróleo Petrobras, se hizo público, la insatisfacción de la clase media explotó en una gran ola de protesta, impulsada por una agenda política reaccionaria.

Por todo esto, el colapso del apoyo parlamentario al gobierno de Rousseff es sólo la cara más visible de una crisis orgánica cuyas raíces se encuentran en la estructura social de un país sumergido en una profunda recesión. El modelo de desarrollo brasileño, basado en la creación de trabajos precarios y en la desconcentración de la distribución del ingreso, ya no consigue garantizar las ganancias corporativas, y mucho

menos atraer el consentimiento de las clases subalternas.

> El golpe palaciego

Enfrentados a una crisis internacional cada vez más grave, los principales representantes de los negocios brasileños, liderados por los bancos privados, comenzaron a demandar al gobierno federal la profundización de la austeridad. Para las grandes compañías las políticas que intensifiquen el ajuste recesivo, incrementen el desempleo y contengan el actual ciclo de huelgas parecen ser un paso necesario hacia el despliegue de una serie de reformas impopulares, como los recortes en la seguridad social y los derechos laborales.

Este proyecto se ha nutrido de la actual retirada del gobierno del PT. El ajuste fiscal aplicado al comienzo del segundo mandato de Dilma Rousseff traicionó las expectativas de los 53 millones de votantes que

había seducido con sus promesas de mantener el empleo, los programas sociales y los derechos laborales. La impopularidad resultante fue luego avivada por el descontento de la clase media con la reducción de las inequidades entre clases sociales. Cuando la operación *Lava Jato* de la Policía Federal decidió focalizarse exclusivamente en los políticos del PT involucrados en los esquemas de corrupción de Petrobras, los brasileños tomaron las calles pidiendo la caída del gobierno.

Esta movilización llevó a los partidos políticos derrotados en el 2014 a embarcarse en un proceso de *impeachment*. Las negociaciones entre el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) y el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) se intensificaron y convergieron en el manifiesto político del segundo, “Un puente hacia el futuro”: fundamentalmente, una promesa de asegurar el pago de la deuda

pública a los bancos a expensas del gasto en educación, salud y programas sociales.

Todavía más importante, las fuerzas políticas conservadoras optaron por derrocar el gobierno de Brasil no por lo que Rousseff dio a los sectores populares, sino por lo que no pudo brindar al empresariado: un ajuste fiscal aún más radical que hubiera requerido cambiar la Constitución, reformar la seguridad social y eliminar protecciones laborales clave. Por otro lado, los sindicatos, mayormente controlados por el PT, siguen involucrados en un histórico ciclo de huelgas.

De este modo, Brasil se encuentra actualmente en un punto muerto: el golpe ha encontrado una fuerte resistencia popular que promete intensificarse, aún cuando las medidas regresivas tomadas por un gobierno ilegítimo sean adoptadas por el Congreso, y un período de luchas sociales sin precedentes parece inevitable. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ruy Braga
<ruy.braga@uol.com.br>

¹ Sobre las actividades de estas tres fracciones de las clases subalternas brasileñas en la década pasada véase: André Singer, *Os sentidos do lulismo: reforma gradual e pacto conservador* (San Pablo, Companhia das Letras, 2012); Ruy Braga, *A política do precariado: do populismo à hegemonia lulista* (San Pablo: Boitempo, 2012) y Roberto Vêras de Oliveira, Maria Aparecida Bridi y Marcos Ferraz, *O sindicalismo na Era Lula: paradoxos, perspectivas e olhares* (Belo Horizonte, Fino Traço, 2014).

> Políticas laborales

y el retorno del neoliberalismo en Argentina

por **Rodolfo Elbert**, CONICET y Universidad de Buenos Aires, Argentina y miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Movimientos obreros (RC44)



Trabajadores protestan contra los despidos en una empresa industrial del norte del Gran Buenos Aires.
Foto por Sebastián Lineros.

El 22 de noviembre de 2015 los argentinos eligieron a Mauricio Macri como presidente para el período 2015-2019 con un margen de menos del tres por ciento. La victoria de Macri por sobre el candidato peronista Daniel Scioli marcó el fin de una larga década kirchnerista (2003-2015) luego de un período de creciente intervención estatal en la economía y limitada redistribución de la riqueza, un candidato de centroderecha con un discurso anticorrupción gobierna ahora la Argentina.

>>

Las explicaciones de este triunfo se han centrado en la movilización antipopulista de la clase media urbana y en el estancamiento de la economía argentina, pero cualquier explicación de la derrota necesita incluir también alguna discusión sobre la cambiante política de los trabajadores industriales. Las semillas de la crisis del régimen kirchnerista se encuentran en su paradójica combinación de una distribución progresiva de la riqueza y una persistente fragmentación de la clase trabajadora. A través de su alianza con los Kirchner, la antigua burocracia sindical de Argentina ayudó a construir una ciudadanía industrial fragmentada, mientras los sindicatos de base de izquierda se movilizaban en resistencia a las desigualdades persistentes. Una vez que el estancamiento de la economía erosionó las bases de los programas de redistribución limitada del gobierno, la fragmentación social que caracteriza lo que Ruy Braga ha denominado “hegemonía precaria”, contribuyó a la derrota electoral. La resistencia a la futura ofensiva neoliberal necesita incluir los mismos sindicatos de base que combatieron la inseguridad económica durante el gobierno kirchnerista.

A finales de la década de 2000, mientras la mayoría de los países empezaban a emerger de la crisis financiera de 2008, Argentina experimentó un tipo diferente de renacimiento: un nuevo movimiento, el “sindicalismo de base”, pareció augurar una sorpresiva revitalización de los trabajadores diez años después de que la crisis económica argentina de 2001-2002 hubiera parecido señalar el fin del imponente movimiento sindical del país. En un barrio pobre del norte del Gran Buenos Aires conocido como Los Tilos, por ejemplo, los vecinos organizaron la ocupación de tierras para demandar mejoras en infraestructura y vivienda, y para insistir en que las compañías dejaran de contaminar un río cercano. A pesar de la proximidad del barrio a un área industrial, la mayoría de sus residentes estaban desempleados o trabajaban en la “economía informal”.

Sorprendentemente, las protestas de Los Tilos en 2010 recibieron un fuerte apoyo de los sindicatos cercanos que representaban al sector formal de los trabajadores, mayormente empleados en las empresas industriales de la zona. Como parte de la revitalización del empleo, el activismo en muchas empresas industriales del norte del Gran Buenos Aires había sido liderado por sindicatos democráticos de base. Pero incluso entonces, la mayoría de los sindicatos nacionales eran aún conducidos por líderes burocráticos tradicionales, aliados del gobierno kirchnerista que asumió en 2003. En general, estos sindicatos burocráticos persiguieron una estrategia de exclusión: raramente mostraron solidaridad con las luchas por la subsistencia de los pobres urbanos y generalmente permitieron que los empleadores contrataran trabajadores vulnerables bajo condiciones precarias, siempre que los trabajadores fijos recibieran salarios más altos.

Pero el movimiento de trabajadores de base que emergió hacia finales de la década de 2000 era diferente: los sindicatos con inclinación de izquierda buscaron unificar las luchas de trabajadores precarios y no precarios dentro del lugar de trabajo, para eliminar contratos precarios e incorporar a todos los trabajadores con los mismos derechos.

¿Qué hay detrás de este sorpresivo nuevo crecimiento del movimiento de trabajadores? Paradójicamente, la política económica argentina post-neoliberal produjo una ciudadanía industrial inusualmente fragmentada, sostenida por sindicatos burocráticos. Después de la desastrosa crisis económica y social de 2001-2002, la economía comenzó a crecer mientras los precios de sus principales exportaciones empezaron a aumentar. En un contexto de rápido crecimiento, el gobierno peronista pudo aumentar los impuestos a las exportaciones agrícolas, estimular la creación de puestos de trabajo expandiendo el mercado doméstico y apoyar los acuerdos de negociación colectiva para los sindicatos reconocidos.

Una drástica reducción del desempleo y el aumento del salario real, junto con incrementos de subsidios a los servicios públicos y nuevas políticas sociales dirigidas a los ciudadanos más pobres, resultaron en una expansión del consumo entre las clases populares. En términos de la estructura ocupacional, este patrón de crecimiento económico aumentó el peso relativo de los trabajadores industriales asalariados dentro de la fuerza laboral total.

Aún así, esta política redistributiva tuvo sus límites. El capital siguió concentrándose crecientemente mientras la economía se expandía, y las grandes corporaciones nacionales e internacionales aumentaron su tasa de ganancia. Los trabajadores, por otro lado, enfrentaron una alta tasa de informalidad laboral y de precariedad en el empleo. De acuerdo con la Base de Datos Socioeconómicos para América Latina y el Caribe (<http://sedlac.econo.unlp.edu.ar>), hacia 2010 el 45,5% de la fuerza de trabajo activa en Argentina estaba conformada por empleos informales – una mejora respecto del pico de la crisis económica de la década anterior, pero una fuente significativa de inseguridad laboral y económica para los hogares de bajos ingresos.

En 2010, el gobierno de Cristina Kirchner aún estaba buscando su camino de salida al colapso neoliberal de Argentina, combinando una limitada redistribución de la riqueza con la persistente fragmentación de la clase trabajadora. Pero en pocos años, la economía comenzó a experimentar el impacto directo de la crisis financiera global. Los precios globales de los *commodities* se desplomaron y el gobierno se esforzó para mantener sus limitados programas redistributivos. En 2011, la élite política peronista abandonó su alianza con un segmento de los sindicatos burocráticos, rechazando las ambiciones políticas del se-

cretario general de la CGT (Confederación General del Trabajo). La coalición económica y política que había surgido de la crisis una década antes comenzó a desvanecerse.

Para 2014, la devaluación del peso argentino y las presiones inflacionarias produjeron un aumento indiscutible de la pobreza y una disminución de los salarios reales. Con la erosión de la precaria hegemonía del gobierno, el candidato peronista Daniel Scioli perdió las elecciones presidenciales de 2015 en manos del candidato de la derecha, Mauricio Macri.

Durante los primeros seis meses en ejercicio, la estrategia de Macri puede ser bien definida como un intento de regresar al neoliberalismo. El gobierno impuso una serie de reformas promercado, incluyendo despidos masivos en agencias del estado y recortes de subsidios a servicios públicos importantes, como los anteriormente otorgados a electricidad y abastecimiento de agua. La devaluación del peso significó que la mayoría de los salarios no pudieran seguir el ritmo de la inflación de los bienes de consumo ordinario, llevando (como en 2014) a un aumento drástico de la pobreza. Junto con nuevas y agresivas medidas antilaborales, el gobierno recortó impuestos para las exportaciones agrícolas y mineras. El 29 de abril se realizó una protesta nacional contra los despidos, pero no ha habido ninguna otra acción a nivel nacional desde entonces.

No obstante, a pesar de la orientación claramente antiobrera del gobierno, los dirigentes sindicales nacionales parecen estar más interesados en preservar su poder institucional en los sindicatos – y más preocupados en evitar juicios personales por corrupción – que en defender los derechos de los trabajadores.

¿Qué sucederá con el aún incipiente movimiento de sindicatos de base que confrontó con la informalidad y la precariedad durante el período kirchnerista? ¿Es posible que una mayor parte de la clase trabajadora apoye la estrategia de solidaridad con trabajadores informales y precarios en el futuro cercano? Es muy temprano aún para decidirlo, pero una mirada al pasado reciente puede ayudar. Hacia finales de la década de 2000, incluso en ambientes desfavorables de deterioro del empleo y sindicatos burocráticos, algunos de los sindicatos de base argentinos lograron forjar alianzas exitosas con diferentes fracciones de la clase trabajadora. Aunque estos sindicatos enfrentaron grandes desafíos cuando intentaron ampliar la solidaridad a nivel nacional, parece claro que la habilidad del movimiento obrero para confrontar el regreso neoliberal dependerá de este tipo de estrategia. La alternativa parece ser la de dirigentes sindicales entusiasmados por acatar la nueva ronda de reformas promercado – algo que sólo podría lograrse a expensas de un empobrecimiento cada vez mayor de los trabajadores argentinos. ■

Dirigir toda la correspondencia a Rodolfo Elbert <elbert.rodolfo@gmail.com>

> La derecha estadounidense: su historia profunda

por **Arlie Russell Hochschild**, Universidad de California, Berkeley, EE.UU.



| Donald Trump en campaña.

Al igual que en Europa, India, China o Rusia, la derecha política norteamericana está en movimiento. De algún modo, el giro cultural hacia la izquierda – un primer presidente negro, una potencial presidenta, el matrimonio igualitario – puede ocultar este crecimiento. Pero está ahí. Durante las últimas décadas las voces conservadoras se han vuelto más fuertes: el canal de TV por cable más popular, así como el programa radial de mayor audiencia se orientan fuertemente hacia la derecha. Ambas cámaras del Congreso federal están en manos de los republicanos, que también controlan muchas más cámaras legislativas y gobernaciones estatales

que los demócratas. En 23 de los 50 estados de la nación, ambas cámaras y la gobernación están controladas por republicanos, mientras que el número correspondiente para los demócratas es siete. Alrededor del veinte por ciento de los estadounidenses – 45 millones de personas – apoyan actualmente un movimiento fuertemente anti-impuestos como el Tea Party y, en los últimos meses, el candidato republicano a la presidencia, el populista y nativista Donald Trump, obtuvo la mayor cantidad de votos republicanos de la historia en las elecciones primarias.

Lo que distingue a la derecha estadounidense de sus contrapartes en otras latitudes es el odio al gobierno

>>

federal. La derecha clama por recortes en los beneficios gubernamentales: el seguro de desempleo, Medicaid, las ayudas financieras para la educación superior, los comedores escolares y mucho más. Prominentes líderes republicanos han pedido la completa eliminación de algunos departamentos del gobierno federal – Educación, Energía, Comercio e Interior. En 2015, 58 legisladores republicanos votaron a favor de la abolición del Servicio de Impuestos Internos. Algunos han llamado incluso a eliminar todas las escuelas públicas.

Las bases que apoyan a estos líderes sienten enojo y frustración frente al gobierno. El gran interrogante que me llevó a iniciar un estudio etnográfico de cinco años en Luisiana – parte del corazón de la derecha norteamericana – fue ¿por qué? Cuando empecé a hacer entrevistas para mi libro *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*¹ [Extraños en su propia tierra: ira y duelo en la derecha estadounidense], el desconcierto no hizo más que crecer. Siendo el segundo estado más pobre, Luisiana tiene proporcionalmente más escuelas en crisis y más residentes obesos y enfermos que casi cualquier otro estado del país. Por lo tanto, necesitaba – y recibía – ayuda federal; 44 por ciento de su presupuesto provenía del gobierno federal. Entonces, me pregunté: ¿por qué había tantos seguidores enfadados del Tea Party? Y ¿cómo ese enojo – o cualquier otra emoción – subyace a la política?

A diferencia de muchos otros análisis que abordan estas cuestiones por fuera de la experiencia personal de los individuos de derechas, yo quería comprender esta experiencia desde adentro. Para ello asistí a encuentros de Mujeres Republicanas del Suroeste de Luisiana, a reuniones eclesiales y giras durante las campañas políticas. Les pedí a las personas que me contaran dónde habían nacido, asistido a la escuela o enterrado a sus padres. Exploré los anuarios de las escuelas secundarias de mis nuevos amigos

de Luisiana, jugué a las cartas y salí a pescar con ellos. Entrevisté en total sesenta personas, cuarenta de ellas cristianas, blancas, mayores y partidarias del Tea Party. Recolecté más de 4.600 páginas de entrevistas transcritas y notas de campo.

También se me ocurrió un método. Primero escuché. Luego boceté una representación metafórica de su experiencia, despojada de valoraciones tanto como de hechos; un relato “como si” que llamo “historia profunda”. Creo que por debajo de nuestras creencias políticas se encuentran este tipo de historias. En este caso, se desarrolla así:

Estás parado pacientemente en el medio de una larga fila que sube una colina, como en una peregrinación. Quienes te rodean se te parecen – blancos, mayores, cristianos, predominantemente varones. Justo sobre la cumbre de la colina se encuentra el Sueño Americano, lo que todos en la fila quieren alcanzar. Entonces, ¡mira! ¡De repente ves personas cortando camino delante de ti! A medida que se cuelan, tú pareces ser desplazado hacia atrás. ¿Cómo pueden estar haciendo esto? ¿Quiénes son?

Muchos son negros. A través de planes federales de acción afirmativa, se les da preferencia en vacantes para colleges y universidades, centros de formación laboral, empleos, subsidios y comedores gratuitos. Otros también se van colando – mujeres engreídas que buscan empleos tradicionalmente masculinos, inmigrantes, refugiados y un creciente número de trabajadores del sector público cuyos altos salarios se pagan con los dólares de tus impuestos. ¿Cuándo acabará?

Mientras esperas en esta fila detenida, se te pide que tengas pena por todos ellos. La gente se queja: racismo, discriminación, sexismo. Escuchas historias de negros oprimidos, mujeres dominadas, inmigrantes extenuados, gais que no se atreven a declarar su homosexualidad, refugiados desesperados. Pero en un cierto punto te

dices a ti mismo: hay que cerrar las fronteras a la compasión humana – especialmente si entre ellos hubiera algunos que pueden causar daño.

Eres una persona compasiva. Pero se te está pidiendo que extiendas tu solidaridad a todos aquellos que se están colando en tus narices. Aunque tú también has sufrido mucho puedes estar orgulloso de decir que no te has quejado ni has pedido ayuda. Crees en los derechos equitativos, pero ¿qué hay de tus propios derechos? ¿Acaso no cuentan? No es justo.

Luego ves a un presidente negro, cuyo segundo nombre es Hussein, saludando a quienes se cuelan en la fila. Él está de su lado, no del tuyo. Él es su presidente, no el tuyo. ¿No es él también un colado? ¿Cómo pudo el hijo de una madre soltera en apuros pagar por Columbia y Harvard? Tal vez algo haya pasado en secreto. ¿No estarán el presidente y sus partidarios demócratas utilizando tu dinero para ayudarse a sí mismos? Quieres apagar la maquinaria – el gobierno federal – que él y los demócratas utilizan para empujarte al fondo de la fila.

Luego volví a mis entrevistados para preguntarles si esta historia profunda describía sus sentimientos. Aunque algunos hicieran modificaciones aquí y allí (“entonces nos cambiamos de fila...” o “es nuestro dinero el que está regalando...”), todos aseguraron que la historia era la suya. Uno me dijo: “yo vivo tu metáfora”. Otro afirmó: “me leíste la mente”.

¿Qué ha ocurrido para que esta historia suene verdadera? En una palabra, la pérdida del honor. Los partidarios del Tea Party que conocí generalmente no eran pobres, aunque muchos habían crecido en la pobreza y habían visto amigos y familiares volver a hundirse en ella. Pero la riqueza no era la única fuente de bienestar y honor. En tanto blancos cristianos y heterosexuales, muchos describían sus miedos en términos de un declive demográfico (“hay cada vez menos personas como nosotros”, me dijo



Donald Trump dirigiéndose a la multitud en Phoenix sobre uno de sus temas favoritos – inmigración.

una mujer), o de convertirse en una minoría religiosa (“la gente ya no se vincula con la iglesia”, “no puedes decir Feliz Navidad, tienes que decir Felices Vacaciones”). Algunos se sentían como una minoría cultural (“somos los que llevamos una vida limpia, gente que sigue las reglas, pero se nos ve como sexistas, homofóbicos, racistas, ignorantes – todas etiquetas que los demócratas nos aplican”). Si vuelven a sus amados hogares en busca de honor, frecuentemente en zonas rurales del Medio Oeste o del Sur, algunos se sentían desdeñados por “rednecks”. Detrás de la historia profunda, entonces, se encuentra su pérdida de honor desde distintos frentes – una restricción de su honor.

Una historia profunda describe dolores (otros colándose enfrente tuyo), culpas (un gobierno mal intencionado) y señala a salvadores (los políticos del Tea Party). También provee un sistema de justificación emotiva, estableciendo cuánta compasión se debe a aquellos que esperan o se cuelan en la fila, cuánta desconfianza se merece el gobierno o qué tanto deberían avergonzarse sus beneficiarios. Este sistema se convierte en la base de las reglas del sentir², que establecen lo que creemos que “deberíamos o no deberíamos” sentir, actualmente blanco de una acalorada batalla política. Explícita o implícitamente, la mayoría de los empleos en servicios requieren que los trabajadores se atengan a ciertas reglas del sentir (“está mal enojarse con un cliente; él siempre tiene la

razón”). Los trabajadores aprenden a manejar sus sentimientos a través del entrenamiento y los supervisores controlan qué tan bien lo hacen. Del mismo modo, las ideologías políticas suponen reglas del sentir. Los líderes encauzan la compasión, la suspicacia, la culpa, la vergüenza, mientras que locutores de radio y conductores de noticieros difunden la palabra que comunidades electrónicas y locales monitorean a través de comentarios.

La derecha y la izquierda obedecen a conjuntos de reglas del sentir cada vez más divergentes. En general, la izquierda apela a la compasión por los grupos menos privilegiados, entendiéndolos como merecedores de la ayuda gubernamental, mientras que la derecha rechaza esta idea. La izquierda pide confianza en esta parte del gobierno, mientras la derecha levanta sospechas y la denigra. La izquierda vincula la percepción de ayudas gubernamentales con la dignidad y los derechos, en tanto la derecha la considera vergonzosa.

En la batalla cultural entre estos dos códigos, los partidarios del Tea Party que estudié se sentían dominados por las reglas del sentir de la izquierda, y lo deploraban amargamente. “Ya hemos tenido suficiente corrección política” suele gritar Donald Trump, haciéndose eco de un sentimiento fuertemente arraigado en la derecha. Un hombre me dijo: “los demócratas quieren que nos sintamos apenados por los inmigrantes y refugiados. Pero todo lo que veo es

un montón de gente diciendo pobre de mí, pobre de mí...” Otro dijo: “los demócratas obtienen algo del gobierno y nosotros no; estoy orgulloso de no tomar nada si no lo necesito. Pero ellos quieren que nos sintamos agradecidos por lo que ellos mismos obtienen”. Y muchos asociaban la ayuda gubernamental con la deshonra, y sentían un completo desprecio por los tramposos. “Conozco tipos que se anotaron como desempleados para la temporada de caza”. O “muchos de los que están en ese campamento de casas rodantes consiguieron ser reconocidos como discapacitados afirmando que tenían convulsiones. Yo no sé cómo mantienen sus cabezas en alto. Pero lo hacen, y el gobierno lo fomenta”. La mayoría de los partidarios del Tea Party se resisten fuertemente a la idea de que alguien pueda sentir compasión por quienes se cuelan en la fila, gratitud ante el gobierno, o alivio al recibir una “limosna gubernamental”.

Pero no todos mis interlocutores estaban de acuerdo. En realidad, parecía que dos facciones de mis entrevistados escuchaban un final diferente de la historia profunda. Los partidarios tradicionales del Tea Party querían eliminar tanto la práctica de hacer trampa en la fila como las recompensas gubernamentales por hacerlo. Los seguidores de Donald Trump, en cambio, querían mantener los beneficios gubernamentales removiendo la vergüenza por recibirlos – pero restringiendo estos beneficios, implícitamente, a aquellos norteamericanos de

>>

nacimiento, preferiblemente blancos.

Los pronunciamientos de Trump han sido ambiguos y cambiantes, pero los comentaristas han notado que no ha llamado a hacer recortes en Medicaid. En cambio, planea, según dice, reemplazar Obamacare, que otorga cobertura a quienes no poseen un seguro de salud, con un nuevo programa que será “espectacular”. La distribución que Trump hace de la vergüenza también es significativa. A pesar de haber denigrado al héroe ex-prisionero de guerra John McCain, a un periodista discapacitado, a una mujer comentarista de Fox News, a mexicanos indocumentados, a un juez estadounidense de ascendencia mexicana, a todos los musulmanes, así como a todos sus adversarios republicanos, nunca humilló a los beneficiarios de Medicaid o de cupones de alimentos.

Pero con el fin de legitimar la asistencia social para los hombres blancos, Trump tiene que masculinizar el acto de recibirla. Este puede ser el secreto y la poderosa fuente de atracción que genera Trump. Él aplaude hombres que pelean, portan armas, se paran firmes y actúan como machos. La mayoría de los beneficia-

rios de la ayuda gubernamental son mujeres, niños u hombres de color. Pero hay muchos hombres blancos pobres, casi pobres o temerosos de convertirse en pobres. Si un hombre así lo necesita, sugiere Trump, conseguir un beneficio gubernamental puede ser cosa de varones. De esta manera podrías pegar calcomanías de armas en tu camioneta, generar peleas, ser macho, insinúa Trump, y al mismo tiempo solicitar un seguro de desempleo o cupones de alimentos, libre de estigma.

Es importante señalar que muchos de los varones blancos trabajadores de cuello azul que siguen a Trump deben enfrentar el mismo lúgubre destino económico que previamente afligió a los negros: empleos que desaparecen, bajos salarios, evidencia de desesperanza. Entre estos hombres hay más padres solteros que en las fracciones más ricas de varones blancos, así como más divorciados, más hijos y mayores penurias. Si no están actualmente en Medicaid, pueden estarlo en el futuro – por lo que se enfrentan a la contradicción de necesitar la misma ayuda gubernamental que la derecha, y ellos mismos, han despreciado por largo

tiempo. Despegarse de la asistencia social fue un marcador clave de estatus que distinguía los “verdaderos hombres” de quienes “realmente tocaron fondo”. En mis entrevistas con los partidarios de Trump en Luisiana, este apoyo a los beneficios gubernamentales no aparecía, al menos al principio. Pero al pedir su opinión sobre una protección para la “gente común”, un mecánico de autos señaló: “Trump no está en contra. Si utilizas los cupones de alimentos porque tienes un empleo mal remunerado, no tienes por qué aceptar que te miren con desprecio”.

Tácticamente, Trump absuelve a los hombres blancos de cuello azul de la vergüenza, pero no así a los extranjeros o a los hombres no blancos. En realidad, respondiendo a la historia profunda, Trump ha creado un movimiento muy parecido al populismo de derechas anti-inmigrante, pero pro-estado de bienestar, en crecimiento en Gran Bretaña, Alemania, Francia, Austria y buena parte de Europa del Este. Todos estos movimientos de derechas están, creo, basados en variaciones de la misma historia profunda, los sentimientos que evoca y las fuertes creencias que la protegen. ■

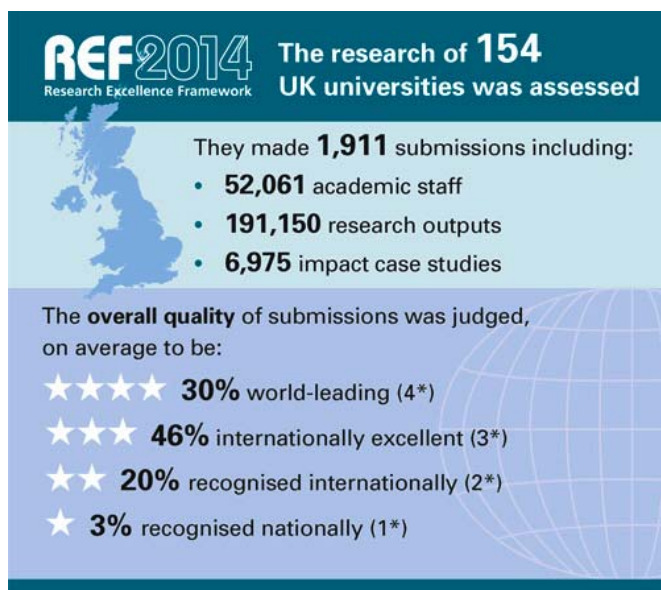
Dirigir toda la correspondencia a Arlie Hochschild
<ahochsch@berkeley.edu>

¹ Arlie Hochschild (2016) *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. Nueva York: New Press.

² Véase Arlie Hochschild (1983) *The Managed Heart: the Commercialization of Human Feeling*. Berkeley y Los Angeles: The University of California Press.

> El ascenso de la universidad corporativa en el Reino Unido

por **Huw Beynon**, Universidad de Cardiff, Reino Unido



Resumen de la presentación de 2014 ante el Marco de Excelencia de la Investigación en el Reino Unido.

números de estudiantes se establecían a nivel nacional, y cada universidad recibía financiamiento apropiado de acuerdo con varias fórmulas. Era reconocido generalmente como un sistema de “élite”: sólo el diez por ciento asistía a la educación superior, mientras la mayoría de los jóvenes adultos atravesaba un complejo sistema de educación técnica y vocacional, capacitaciones y entrenamiento laboral “en la práctica”.

Bajo el gobierno de Thatcher, sin embargo, la destrucción del sector manufacturero británico dio pie para hablar de un renacimiento a través de la “economía del conocimiento”. Esto llevó a que Blair hiciera hincapié en “educación, educación, educación” mientras argumentaba que el 50 por ciento de los niños británicos debería ir a la universidad. De esta forma, y a gran velocidad, las universidades se volvieron una parte clave de la estrategia económica del gobierno – un cambio que quedó en evidencia cuando la responsabilidad por la educación superior fue transferida al Departamento de Comercio e Industria. Actualmente, esa responsabilidad recae en el Departamento de Negocios, Innovación y Conocimiento, cuyo libro blanco más reciente – *El éxito como economía del conocimiento: la enseñanza de excelencia, la movilidad social y la elección del estudiante* – revela cómo una idea alguna vez utópica puede proveer la plataforma ideológica para un cambio reaccionario.

Este movimiento estratégico fue facilitado por un cambio en el financiamiento de las universidades británicas, que implicó el desplazamiento desde un sistema basado en fondos del gobierno central hacia otro basado casi enteramente en los aranceles estudiantiles. En 1998, el nuevo gobierno laborista fijó un arancel de £3.000 por año; desde entonces se han incrementado a £9.000 y se prevén mayores aumentos. Hay importantes variaciones en las administraciones delegadas de Irlanda del Norte, Escocia y Gales, pero en Inglaterra la educación superior se ha expandido mediante la acumulación de deuda estudiantil, facilitada por un complejo sistema de préstamos.

Las universidades británicas están cambiando de maneras tan fundamentales que no es fácil predecir dónde terminará todo esto. Sin dudas, trabajar y estudiar en una universidad aquí en la actualidad es una experiencia muy diferente de lo que hubiera sido tan sólo una década atrás. Stefan Collini ha sostenido recientemente que “lo que aún llamamos universidades están siendo remodeladas como centros de conocimiento aplicado y entrenamiento profesional subordinados a las ‘estrategias económicas’ de la sociedad” – una síntesis que evoca el mensaje de despedida de John Holmwood en 2014 como presidente de la Asociación Británica de Sociología. Holmwood concluyó que el sistema universitario británico ahora “sirve a un capitalismo patrimonial renovado y sus cada vez mayores desigualdades”. Los efectos de estos cambios sobre la sociología como disciplina no son aún completamente claros, pero hay algunos signos preocupantes.

> **Financiamiento: de las subvenciones centrales a los aranceles estudiantiles**

Históricamente – esto es, antes de los gobiernos de Thatcher y Blair – las universidades británicas eran organizaciones sin fines de lucro cuasi independientes. Los

El nuevo sistema de financiamiento ha sido un motor de cambio clave. Las universidades compiten entre ellas por los estudiantes, con importantes consecuencias pedagógicas: en vez de ser vistos como alumnos o aprendices, los estudiantes son ahora clientes. Quizá paradójicamente, la introducción de un “mercado” para estudiantes ha sido acompañada de varias formas de vigilancia estatal.

En 2005 el gobierno de Blair reemplazó un sistema de evaluación de calidad arduo (con el que se había intentado mejorar la enseñanza mediante visitas de inspección y la imposición de procedimientos bastante estandarizados para el dictado de clases) con una Encuesta Nacional de Estudiantes (NSS, por su sigla en inglés) – algo así como una investigación de consumidores que relevaba y publicaba las evaluaciones de los estudiantes sobre todos los cursos y carreras. Estos datos (que incluyeron la proporción de estudiantes que recibían títulos de primera clase – *first-class degrees*) fueron rápidamente incorporados en tablas de posiciones con las “mejores” universidades, compilados y publicados por los diarios nacionales.

Actualmente el gobierno está planeando mejorar su sistema de evaluación a través de una serie más compleja de indagaciones que den cuenta del Marco de Excelencia para la Enseñanza (TEF, por su sigla en inglés), que considera la retención estudiantil y el empleo de los graduados, además de las evaluaciones de los estudiantes. A pesar de haberse comprobado que todas estas mediciones son falibles, el gobierno planea construir un nuevo sistema de puntuación TEF sobre la base del cual “los aranceles podrían diferenciar crecientemente”.

> De la evaluación de la investigación a la excelencia en la investigación

Bajo el “viejo” sistema de financiamiento, se esperaba que el personal universitario enseñara e investigara con una distribución nominal de 3:2 entre estas actividades. Financiados públicamente y provistos de personal académico, los Consejos de Investigación disponían de fondos adicionales para la investigación que se otorgaban a través de un proceso competitivo. El gobierno de Thatcher, preocupado por las voces radicales y críticas en los campus, insistió en renombrar el Consejo de Investigación en Ciencias Sociales como Consejo de Investigación Económica y Social (ESRC, por su sigla en inglés); con el tiempo esta organización se ha ido adaptando crecientemente a las necesidades económicas del Reino Unido. Quizás aún más importante, se introdujo una revisión regular (nominalmente cada cinco años) de la actividad de investigación de los departamentos universitarios: el Ejercicio de Evaluación de la Investigación comenzó más bien informalmente en la década de 1980, pero a partir de 1990 el desempeño quedó vinculado a la futura financiación de la investigación, rompiendo así con el antiguo sistema basado en subsidios.

Este proceso de evaluación se ha ido extendiendo en sucesivas reediciones. En 2015, un cambio de nombre, Marco de Excelencia en la Investigación (REF, por su sigla en inglés), implicó un cambio aún más radical – incluyendo nuevos esfuerzos para evaluar el “impacto” de la investigación publicada y los “beneficios demostrables (logrados) para la economía y la sociedad en general”, definidos en sentido amplio. Paneles de expertos “revisarán la evidencia sustentada por indicadores adecuados y producirán una clasificación de sub-perfiles de impacto para cada presentación”. Estos perfiles serán catalogados siguiendo una escala: desde “líder mundial” (4*), pasando por “excelente internacionalmente” (3*) y “reconocido internacionalmente” (2*) hasta “reconocido nacionalmente” (1*).

Con el paso del tiempo, dentro de las universidades el proceso de control externo sobre las estrategias de investigación se ha desplazado de la periferia al centro, y palabras como “estrella” han adquirido centralidad en el discurso académico, junto con otras palabras fuertes como “excelencia,” “robusto,” “riguroso” y “transparente” – construyendo una narrativa aparentemente indiscutible, que muchos sociólogos han aceptado aún cuando deberían haber mostrado mayor sensatez. Dentro de esta forma de hablar, “Ref” ha aflorado como un nuevo y poderoso sustantivo en los departamentos universitarios, junto con “Refable,” “Ref-ready” y otros del estilo.

> La universidad corporativa

Estos cambios son parte de una poderosa estrategia neoliberal que ha transformado el sector público inglés; los cambios en la educación superior van en paralelo a las reformas del servicio de salud, la recaudación de impuestos, la policía y la educación en general. Las universidades, que compiten entre ellas por estudiantes – ahora su principal fuente de ingresos – y por una posición en las varias tablas de clasificación, se comportan cada vez más como corporaciones que persiguen ganancias en lugar de como organizaciones sin fines de lucro.

Los presidentes de las universidades ya no se ven a sí mismos como primeros entre pares, sino como Directores Ejecutivos – con salarios acordes y su propio esquema de pensiones. Cuando el actual gobierno conservador quitó el “tope” del número de estudiantes, la perspectiva de superávits potencialmente altos – las reservas en efectivo quedaron en £6,5 billones en 2011 – alentó a las universidades británicas a seguir el ejemplo de Estados Unidos, vendiendo bonos en los mercados para financiar enormes inversiones en nuevos emprendimientos inmobiliarios. Muchos dentro de la élite directiva vieron estos nuevos edificios como representaciones simbólicas de su éxito.

En su búsqueda por más estudiantes (es decir “dinero”), las universidades, frustradas por las restricciones a las vi-

sas para estudiantes extranjeros, han emplazado enormes campus en el extranjero, brindando a algunos de sus empleados perspectivas de evolución de carrera difíciles de rechazar. Algunas operaciones han sido exitosas, otras no tanto. A finales de 2015, la Universidad de Aberystwyth gastó medio millón de libras en un campus en Mauricio para estudiantes británicos e internacionales, esperando proveer “nuevas oportunidades para que los estudiantes accedan a una educación de calidad, a la que de otra forma no tendrían acceso” – pero para 2016, sólo 40 alumnos se habían inscrito en un campus construido para alojar 2.000. Como comentó mordazmente un antiguo directivo de universidad: “La operación es una locura. Sería mejor que concentraran sus recursos en personal de alta calidad y en atraer más estudiantes locales”.

Todo esto habla de un sector que atraviesa cambios estresantes, con implicaciones reales para las vidas laborales de los académicos. Estas nuevas universidades corporativas tienden a centralizarse aun más con cada nuevo presidente que, en su determinación por lograr objetivos bajo las nuevas disposiciones, establece estructuras verticales sustentadas por un número creciente de personal administrativo. Surgen nuevas jerarquías administrativas a la vez que “personal de apoyo” técnico y financiero, que antiguamente trabajaba en facultades, departamentos y centros de investigación, ahora migra hacia alguna oficina central. Cada vez con más frecuencia la comunicación se realiza a través de correos electrónicos en lugar del contacto personal, y operaciones que antes eran simples, incluso organizar una reunión o reservar una sala, requieren entrenamiento y acceso a programas de computación. En la medida que la “métrica” se convierte en una herramienta esencial de gestión se refuerza la presión por la estandarización, que en muchas universidades se ha vinculado con nuevos sistemas de gestión del desempeño. El pago por rendimiento también parece estar en la agenda – así como, más significativamente, el intento por pasar el personal académico a nuevos contratos limitados exclusivamente a la enseñanza.

Las patologías del exceso de burocracia y del “desplazamiento de objetivos” en estructuras gobernadas por reglas, descritas hace tiempo por Alvin Gouldner, son ahora obvias en las universidades británicas, especialmente en los esquemas de evaluación de la enseñanza y la investigación – al punto de que ya muchas universidades advierten a los estudiantes que sus evaluaciones negativas pueden afectar el valor en el mercado laboral de sus propias carreras. La proporción de puntajes máximos es monitoreada, y los alumnos son alentados a ser flexibles y generosos en sus evaluaciones. Habiendo notado que los estudiantes critican regularmente los cursos por ofrecer poco “*feedback*”, algunas universidades organizan sesiones especiales para explicar a los estudiantes qué es el “*feedback*” y cuándo lo obtendrán. De hecho, algunas universidades han creado

el puesto de “Decano Asociado a cargo del *Feedback*”, y algunos miembros del personal han sido identificados como “expertos en *feedback*”.

Esta actividad “apostadora” ha avanzado más en materia de evaluación de la investigación. En 2014 muchas universidades abandonaron la costumbre de incluir todo el personal en la Evaluación de Investigación, y en su lugar incluyeron sólo el personal con un alto ranking de publicaciones y estudios de caso de impacto. Este resultado – que llevó a algunas universidades a ser acusadas de hacer “trampa”– implicó varios procedimientos internos de evaluación que fueron muchas veces ingratos y rara vez colegiados. En la actualidad, en el ciclo que conduce al proceso de evaluación de la investigación 2020, muchas universidades ya han establecido disposiciones para controlar las publicaciones (“productos”, en lenguaje ref) a través de “Gerentes de Impacto de la Investigación” que producen documentación en un lenguaje retorcido y autorreferencial.

Las decisiones en estas áreas son tomadas invariablemente por comités de alta jerarquía y son comunicadas por medio de didácticos emails o reuniones consultivas generales. Refiriéndose a estos desarrollos, el Profesor Ben Martin, de la Universidad de Sussex, notó el aumento de “resentimiento, escepticismo y sombrío consentimiento”, una visión confirmada por la última encuesta del *Times* sobre la universidad como lugar de trabajo, que concluyó que mientras los académicos generalmente encontraban sus trabajos gratificantes, tres cuartos de ellos estaban profundamente desilusionados con los planes futuros de sus universidades y con sus directivos. La encuesta también reveló que la mitad de los académicos que respondieron estaban preocupados por despidos relacionados con las mediciones de desempeño. Tal vez resulte aún más perturbador que la mitad de los respondientes dijeran creer que sus instituciones han comprometido los estándares de ingreso en su esfuerzo por competir por estudiantes y que, como individuos, se sienten bajo presión para otorgar calificaciones más altas.

En esta misma línea, Charles Turner, Profesor Asociado de Sociología en la Universidad de Warwick, ha listado recientemente los siguientes “problemas que realmente están matando a las universidades”: vastos recursos que podrían gastarse en stocks para bibliotecas y que en cambio se destinan a nuevos edificios innecesarios y mal diseñados; expedición de títulos de primera y segunda clase superior a estudiantes que 20 años atrás apenas hubiesen podido obtener uno de segunda clase inferior; uso de administradores para tomar decisiones clave sobre cuestiones de pedagogía; esfuerzos desesperados para hacer que algunos programas de grado parezcan profesionales cuando no lo son ni lo pueden ser; y la interminable marea de publicaciones que nadie en su sano juicio querría leer – o escribir (*The Guardian*, 1 de junio de 2016).

> El cambiante lugar de la sociología

La sociología como carrera apareció bastante tarde en las universidades británicas: a principios de la década de 1960 existían sólo tres centros viables. Subsecuentemente, un aumento rápido y notable tanto en el número de estudiantes como de departamentos colocó la sociología en una sólida posición dentro de las universidades. Este rápido aumento involucró un alto nivel de “apertura”, con pocos intentos de establecer límites profesionales firmes en torno de la disciplina – una apertura que permitió al pensamiento sociológico penetrar en muchos campos diferentes. Sin embargo, una consecuencia de esta apertura ha sido la deriva de muchas especialidades hacia otros campos; buenos ejemplos son la “sociología del trabajo” y la “sociología de la educación,” pilares de la disciplina en el pasado, que hoy se enseñan en escuelas de negocios y de educación.

La sociología ha cambiado en otras formas. Luego de haber hecho avances radicales en el campo de la desviación en las décadas de 1960 y 1970, esta especialidad ha sido redefinida como criminología, un tema altamente demandado, que a menudo se enseña en contextos multidisciplinarios que incluyen políticas sociales y estudios legales. Salud y ambiente también son áreas en las que la sociología ha sido capaz de desarrollar cursos aplicados con alta demanda estudiantil. Estos cambios, junto con el desplazamiento del núcleo de la disciplina hacia aproximaciones interpretativas y cuestiones de identidad, han llevado a algunos a sugerir que el poder de las estructuras y de las restricciones materiales está siendo subestimado, debilitando la capacidad de la sociología para responder coherentemente a los sucesos del presente.

Preguntas similares plantean las actuales agendas de investigación de las universidades y el funcionamiento del REF. La máquina demoledora del proceso de evaluación y la necesidad de “cuatro productos de nivel 3*/4*” han significado que los académicos opten cada vez más por artículos de revista en lugar de monografías, y que acorten el trabajo de campo para encajar en los requisitos del proceso de evaluación. Algunos académicos han ajustado sus aspiraciones a este proceso, otros se están rindiendo. Muchos se han referido a las consecuencias que esto tiene para el trabajo etnográfico o para otras investigaciones que requieren de contactos de largo plazo con las comunidades. En un plano más general, el “desempeño” de un área particular en el REF puede reflejar y también afectar su posición y la forma en que es percibida dentro de cada universidad. En este sentido, fue desconcertante notar el declive en el número de presentaciones con el rótulo “sociología” en el año 2014, con sólo 29 departamentos y 704 investigadores (el mínimo histórico), en comparación

con las 62 presentaciones y los 1.302 investigadores bajo el rótulo “política social.” Estos índices, que son la inversa de los números en el terreno, reflejan cambios en las prioridades de investigación de algunos sociólogos hacia áreas más aplicadas, y en las elecciones estratégicas de los comités universitarios centralizados. Como consecuencia, el panel se vio obligado a informar que sólo era capaz de ofrecer “una representación parcial de la disciplina.”

El “impacto”, por supuesto, fue central en este ejercicio: dado que esta métrica alienta a los investigadores a trabajar con agencias externas, muchos académicos han llegado a creer que el trabajo crítico será excluido o mal calificado. Aunque aún pueda haber algo de lugar para el trabajo crítico (por ejemplo, con relación a cuestiones ambientales), la medida de “impacto” en las ciencias sociales implica un fuerte sesgo en favor de cambios de política a pequeña escala, conduciendo las universidades a animar activamente a sus investigadores a ir sobre seguro. El Consejo de Investigación (ESRC, por su sigla en inglés) – él mismo objeto de un examen meticuloso por parte del gobierno – se ha orientado resueltamente hacia la concentración de sus financiamientos en torno de grandes subsidios para proyectos complejos que suelen involucrar equipos interuniversitarios. Esta política podría dejar los proyectos de menor escala cada vez más a la deriva.

Estos cambios se han desarrollado a lo largo de los últimos 30 años. Hoy, parecemos estar cerca de un punto crítico, planteando preguntas acerca de la universidad pública en sí misma como centro de compromiso crítico y científico. Las políticas actuales del gobierno parecen llevar a la creación de nuevas universidades privadas y a una mayor intensificación de las presiones competitivas en un sector educativo terciario ampliado.

Todo esto plantea preguntas difíciles tanto sobre el futuro y el propósito de las universidades como sobre el lugar de la sociología dentro de ellas. De manera significativa, los sociólogos han presentado una fuerte resistencia frente a estos cambios, con John Holmwood como líder de un grupo que apunta a recuperar la universidad pública en el Reino Unido. Su propia agenda alternativa de políticas, el Libro blanco alternativo de la Educación Superior, fue lanzada en junio en un importante encuentro en Londres. Señala las amenazas planteadas a los estudiantes y a la investigación crítica por la penetración de proveedores con fines de lucro en el sector de la educación superior, y concluye con una cita de la Charta Magna Universitatum de 1988, firmada por 802 universidades de todo el mundo: las universidades son “instituciones autónomas” que “deben ser moral e intelectualmente independientes de toda autoridad política y poder económico” – un objetivo que se vuelve más importante cuanto más retrocede. ■

Dirigir toda la correspondencia a Huw Beynon <beynonh@Cardiff.ac.uk>

> Las “guerras de la sociología” en Canadá

por **Neil McLaughlin**, Universidad de McMaster, Canadá, y **Antony Puddephatt**, Universidad de Lakehead, Canadá



Broches que circularon luego de que el Primer Ministro de Canadá, Stephen Harper, declarara que no era tiempo de “perpetrar sociología”. Se refería a la necesidad de endurecerse frente a los terroristas en lugar de estudiar las causas del terrorismo.

A comienzos del siglo XXI, muchos académicos de larga trayectoria hicieron sonar la alarma sobre el estado de la sociología canadiense. Bruce Curtis y Lorna Weir sostuvieron que la sociología canadiense anglófona sufría de un “débil sentido de la sociología como oficio, con conocimientos y habilidades distintivas, y vocación pública”; les preocupaba el futuro ante el inminente retiro de los sociólogos fundadores de la disciplina en Canadá.¹ Robert Brym planteó preocupaciones sobre el descenso del número de miembros en la Asociación Canadiense de Sociología, así como inquietudes sobre la salud general de la disciplina.² Neil McLaughlin respondió explorando algunos factores institucionales más amplios y advirtió sobre una “crisis en ciernes” en la sociología canadiense,³ esperando de este modo generar un momento reflexivo e iniciar un diálogo que pudiera promover estrategias institucionales más sabias y una visión intelectual más amplia. La lluvia de respuestas a estos artículos, a menudo emocionales y polémicas, inició lo que llamamos las “guerras de la sociología” en Canadá, que aún continúan fervorosamente una década después.

Pat O’Mally y Alan Hunt dieron algunos golpes iniciales, argumentando que las preocupaciones de Curtis y Weir sobre la debilidad de la disciplina eran equivalentes a una “caza de brujas”, que establecía estrictos estándares disciplinares para controlar a los sociólogos que se salieran de la raya.⁴ El artículo de McLaughlin sobre la “crisis” suscitó otra se-

rie de respuestas críticas que lo cuestionaron sobre bases normativas y empíricas.⁵ Si bien muchos de estos debates ayudaron a contextualizar las realidades de la sociología canadiense, su tenor fue con frecuencia duro. En tanto los sociólogos canadienses se están preparando para ser anfitriones del Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología (ISA) en Toronto, en 2018, reflexionamos sobre algunas de las preocupaciones centrales que fueron planteadas, esperando poner en evidencia cuestiones que pueden ser relevantes y útiles para otras sociologías nacionales, especialmente aquellas fuera de los Estados Unidos.

Mucha de la preocupación sobre el estado de la sociología canadiense se enfocó en el declive de la membresía y en la asistencia a los encuentros de nuestra asociación nacional. Los encuentros de sociología canadiense en idioma inglés se realizan como parte de un *Congreso de Ciencias Sociales y Humanidades*, de carácter interdisciplinario, organizado en varias universidades alrededor del país. Los encuentros de sociología canadiense sufrían de baja asistencia, especialmente entre los principales académicos. ¿Era esto signo de un declive de la disciplina? Jean-Philippe Warren nos recordó que muchas otras asociaciones académicas nacionales e internacionales afrontaron descensos similares.⁶ Sobre base de la tesis de “juego solitario” de Robert Putnam, sugirió que el ascenso de la tecnología de comunicación por internet habilitó la creación de redes académicas informales a lo largo de grandes

distancias geográficas, de modo tal que los académicos podrían “sociologizar solos”, por fuera de los encuentros tradicionales organizados formalmente.

Sin embargo, a principios de la década de 2000 había otros signos de debilidad, mientras la sociología continuaba teniendo un bajo estatus tanto en la universidad como en la sociedad en general. Muchos de estos asuntos continúan siendo importantes en la actualidad, y tal vez también lo sean en otras sociologías nacionales, pero juegan de una manera particular en Canadá, debido a nuestra particular historia y nuestras diferentes relaciones con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

La preocupación frente a la hegemonía académica estadounidense condujo a un movimiento de canadización durante las décadas de 1970 y 1980, en la que los sociólogos buscaron crear una sociología canadiense más autónoma a través de un incremento de los contenidos sobre Canadá y la contratación de profesionales formados en el país. Sin embargo, este movimiento también intensificó, indudablemente, los sentimientos negativos hacia la sociología estadounidense, incluyendo cierta pedantería que nos permite tirar abajo a los Estados Unidos e ignorar nuestros propios defectos.⁷

Aun así, hay razón para preocuparse por la debilidad de nuestro contenido nacional, un asunto que sin dudas también enfrentan los sociólogos en muchos otros países. Los sociólogos canadienses son cada vez más propensos a recibir formación estadounidense y a apartarse de modelos de referencia canadienses, como John Porter o Wallace Clement, en favor de teóricos más conocidos mundialmente.⁸ Lo que solía ser una tradición canadiense distintiva se está diluyendo crecientemente para convertirse en otro participante más de la disciplina global (léase: estadounidense y eurocéntrica).

Ralph Matthews ha hecho un esfuerzo por recuperar una tradición típicamente canadiense retomando la “teoría del crecimiento basado en exportaciones” [*staples theory*] de Harold Innis,⁹ un importante teórico pionero en el estudio de la sociedad canadiense que argumentó que el desarrollo geográfico de las ciudades de Canadá estuvo fuertemente vinculado a las rutas de comercio de nuestra economía de recursos naturales, lo que dio lugar a regiones geográficas muy diferentes y con marcas culturales diversas. Ampliando este marco con nuevas preocupaciones contemporáneas sobre la industria de combustibles fósiles, las protecciones para nuestro ambiente natural y los derechos de los pueblos originarios, podemos adquirir conocimiento sobre nuestra especificidad, como nación y como tradición sociológica. Incluso aquello que podría parecer “único” de Canadá también podría ser útil como punto de comparación valioso para otros países que enfrentan las mismas fuerzas globalizadoras que interactúan con cuestiones y contextos locales.

Por ser una disciplina relativamente nueva que sólo alcanzó su completa institucionalización en las décadas de 1960 y 1970, la sociología canadiense estuvo marcada por un radicalismo de inspiración marxista, dado que las principales contrataciones de profesores tuvieron lugar durante un período de conflicto social y político. Esta orientación intensamente “crítica” de nuestra disciplina es dominante aún en el presente, y lleva a un gran compromiso político y con las políticas, para desagrado de los políticos conservadores. Por ejemplo, al rechazar los pedidos de más investigación sobre las causas del terrorismo con el fin de prevenirlo mejor, el ex Primer Ministro conservador de Canadá, Stephen Harper, afirmó de manera infame que “éste no es tiempo para hacer sociología”. Para los sociólogos canadienses esta afirmación desafió el valor de la investigación sociológica, lo que condujo a la Asociación Canadiense de Sociología, en el año 2015, a vender camisetas con la leyenda “Haz sociología” como una suerte de grito de guerra.

Este elemento crítico de larga data en la sociología canadiense creó un público receptivo para el llamado de Michael Burawoy a una sociología pública.¹⁰ Varios sociólogos canadienses entraron en la conversación para apoyarlo, o para reclamar que Burawoy no había ido suficientemente lejos al presionar por una investigación orientada públicamente.¹¹ Algunos canadienses rechazaron la idea misma de sociología pública, enfatizando la importancia de un núcleo profesional. Scott Davis solicitó un “divorcio disciplinar” de una vez y para siempre, entre lo que él veía como verdaderos científicos sociales, por un lado, y teóricos críticos dogmáticos, por el otro.¹² Las feministas canadienses argumentaron que la propuesta de Burawoy dejaba de lado las potenciales colaboraciones apoyadas por privados o por el estado que podrían ayudarnos a trabajar con el público para resolver importantes problemas sociales.¹³

Y de hecho, a medida que nos desplazamos desde la agenda fuertemente conservadora del gobierno de Harper hacia el liberalismo de Justin Trudeau, el potencial de una mayor acción federal para enfrentar problemas públicos – especialmente aquellos que afectan a los pueblos originarios – es evidente. Los sociólogos pueden esperar una sociología pública robusta en Canadá, que permanezca en colaboración crítica y continuo diálogo con el estado.

Mientras continúan en la actualidad las guerras de la sociología, las preocupaciones tempranas sobre el estatus de la disciplina siguen teniendo prominencia. William Carroll ha argumentado recientemente que junto con todas las otras ciencias sociales, la sociología debería dar paso a un nexo transdisciplinario unido por el realismo crítico.¹⁴ El hecho de que este trabajo haya recibido el premio al mejor artículo del *Canadian Review of Sociology* en 2015 refleja corrientes culturales subyacentes, ya que muchos sociólogos en Canadá prefieren rechazar su identidad y compromisos disciplinarios.

Esto plantea un serio obstáculo para aquellos que buscan formatos académicos relativamente abiertos, pero que no están dispuestos a ceder ventajas disciplinarias. Muchos argumentarían que las mejores producciones académicas recientes echan por tierra las declamaciones populares que aseguran que las disciplinas sólo actúan como silos intelectuales: en realidad, ellas comparten conocimiento con una eficiencia destacable.¹⁵ De todos modos, la gastada retórica de las disciplinas como silos, cuya única función sería “controlar” los intelectuales, muestra su carácter retrógrado.¹⁶ Y aunque las disciplinas puedan en efecto sofocar la producción de conocimiento, no podemos ignorar la evidencia que sugiere que, a fin de cuentas, hacen mucho para potenciarla. Más que forzar una elección entre el aislamiento disciplinar (lo cual es exagerado) y una total transdisciplinariedad (lo cual es utópico), quizá sería mejor trabajar entre estos dos ideales, reconociendo soluciones intermedias y evitando las desventajas de cada extremo.¹⁷

Mientras que las reflexiones sobre la disciplina pueden ser útiles, también pueden degenerar en argumentos retóricos y sesgados ideológicamente, distrayendo de la tarea más importante de “hacer” una sociología empírica real. Sin embargo, un cuerpo académico nutre la textura de la sociología canadiense de percepciones empíricas e históricas. Rick Helmes-Hayes ha documentado recientemente las raíces de la sociología canadiense dentro de la teología de principios de siglo XX,¹⁸ y Bruce Curtis ha ido aún más atrás, vinculando el desarrollo de la ciencia social con la “construcción del estado” en el siglo XIX.¹⁹ Nuevos estudios cuantitativos documentan los patrones cambiantes de nuestras prácticas de contratación domésticas y extranjeras, así como de nuestro trabajo,²⁰ ilustrando nuestra maravillosa diversidad epistemológica²¹ y los cambios en el tiempo de nuestras escuelas de pensamiento teórico. Durante la década pasada parece haber habido una convergencia teórica en torno de la obra de Pierre Bourdieu, un teórico e investigador que ayuda a tender puentes entre nuestras alas inglesa y francesa.²² Si miramos hacia el futuro, los debates fundados empíricamente son bienvenidos como una “sociología de la sociología”, que conduce a formas de reflexividad institucional menos narcisistas y más fundadas empíricamente.

Si bien las “guerras de la sociología” canadienses han sido polémicas e hirieron algunos egos, en general han sido constructivas. Los académicos consolidados han vuelto al redil, ayudando a socializar en una visión positiva una nueva generación de sociólogos. La asistencia a nuestros encuentros ha aumentado, estimulada por la creación de grupos de investigación inspirados, en parte, por la ISA. Hay más sesiones en francés en nuestros encuentros, y el editor del *Canadian Review of Sociology*, Dr. François Dépelteau, es francófono. La asociación puede jactarse de una revitalizada sociología feminista, en gran parte inspirada por Dorothy Smith y las feministas socialistas canadienses. Además, una nueva agenda de investigación con

acento en la descolonización y la reconciliación con las comunidades de los pueblos originarios abarca un número de cuestiones en las que los sociólogos públicos son importantes y necesarios.

La Asociación Canadiense de Sociología espera recibir a sociólogos de todo el mundo en el Congreso Mundial de la ISA en Toronto, en 2018. Esperamos continuar el diálogo sobre cómo entender y reflexionar mejor sobre nuestras diversas sociologías nacionales, aprendiendo de las otras dentro de un contexto comparativo más amplio. ■

Dirigir toda la correspondencia a Neil McLaughlin <ngmclaughlin@gmail.com>

¹ Curtis, B. y Weir, L. (2002) “The Succession Question in English Canadian Sociology.” *Society/Société*, 26, 3.

² Brym, R. (2003) “The Decline of the Canadian Sociology and Anthropology Association.” *Canadian Journal of Sociology*, 28(3): 411-416.

³ McLaughlin, N. (2005) “Canada’s Impossible Science: Historical and Institutional Origins of the Coming Crisis in Anglo-Canadian Sociology.” *Canadian Journal of Sociology*, 30(1): 1-40.

⁴ O’Malley, P. and Hunt, A. (2013) “Does Sociology Need to be Disciplined?” *Society/Société*, 27(1).

⁵ Véase volúmenes 30(4) y 31(1) del *Canadian Journal of Sociology* para los comentarios principales sobre el artículo de McLaughlin acerca de la “crisis” y su respuesta (2005-06).

⁶ Warren, J-P (2006) “Sociologizing Alone? Is Anglo-Canadian Sociology really Facing a Crisis?” *Canadian Journal of Sociology*, 31(3): 91-105.

⁷ Cormier, J. (2002) “Nationalism, Activism, and Canadian Sociology.” *The American Sociologist*, 33(1): 12-41.

⁸ Warren, J-P (2014) “The end of National Sociological Traditions? The Fates of Sociology in English Canada and French Quebec in a Globalized Field of Science.” *International Journal of Canadian Studies*, 50: 87-108.

⁹ Matthews, R. (2014) “Committing Canadian Sociology: Developing a Canadian Sociology and a Sociology of Canada.” *Canadian Review of Sociology*, 51(2): 107-127.

¹⁰ Burawoy, M. (2005) “2004 Presidential Address: For Public Sociology.” *American Sociological Review*, 70: 4-28.

¹¹ Véase un número especial al respecto, editado por Rick Helmes-Hayes y Neil McLaughlin (2009) “Public Sociology in Canada: Debates, Research, and Historical Context.” *Canadian Journal of Sociology*, 34(3): 573-600.

¹² Davies, S. (2009) “Drifting Apart? The Institutional Dynamics awaiting Public Sociology in Canada.” *Canadian Journal of Sociology*, 34(3): 623-654.

¹³ Creese, G., McLaren, A. y Pulkington, J. (2009) “Re-thinking Burawoy: Reflections from Canadian Feminist Sociology.” *Canadian Journal of Sociology*, 34(3): 601-622.

¹⁴ Carroll, W. (2013) “Discipline, Field, Nexus: Re-visioning Sociology.” *Canadian Review of Sociology*, 50(1): 1-26.

¹⁵ Jacobs, J. (2013) *In Defense of Disciplines*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

¹⁶ Curtis, B. (2016) “The Missing Memory of Canadian Sociology: Reflexive Government and the Social Science.” *Canadian Review of Sociology*, 53(2): 203-225.

¹⁷ Puddephatt, A. y McLaughlin, N. (2015) “Critical Nexus or Pluralist Discipline? Institutional Ambivalence and the Future of Canadian Sociology.” *Canadian Review of Sociology*, 52(3): 310-332.

¹⁸ Helmes-Hayes, R. (2016) “Building the New Jerusalem in Canada’s Green and Pleasant Land: The Social Gospel and the Roots of English-Language Academic Sociology in Canada, 1889-1921.” *Canadian Journal of Sociology*, 41(1): 1-52.

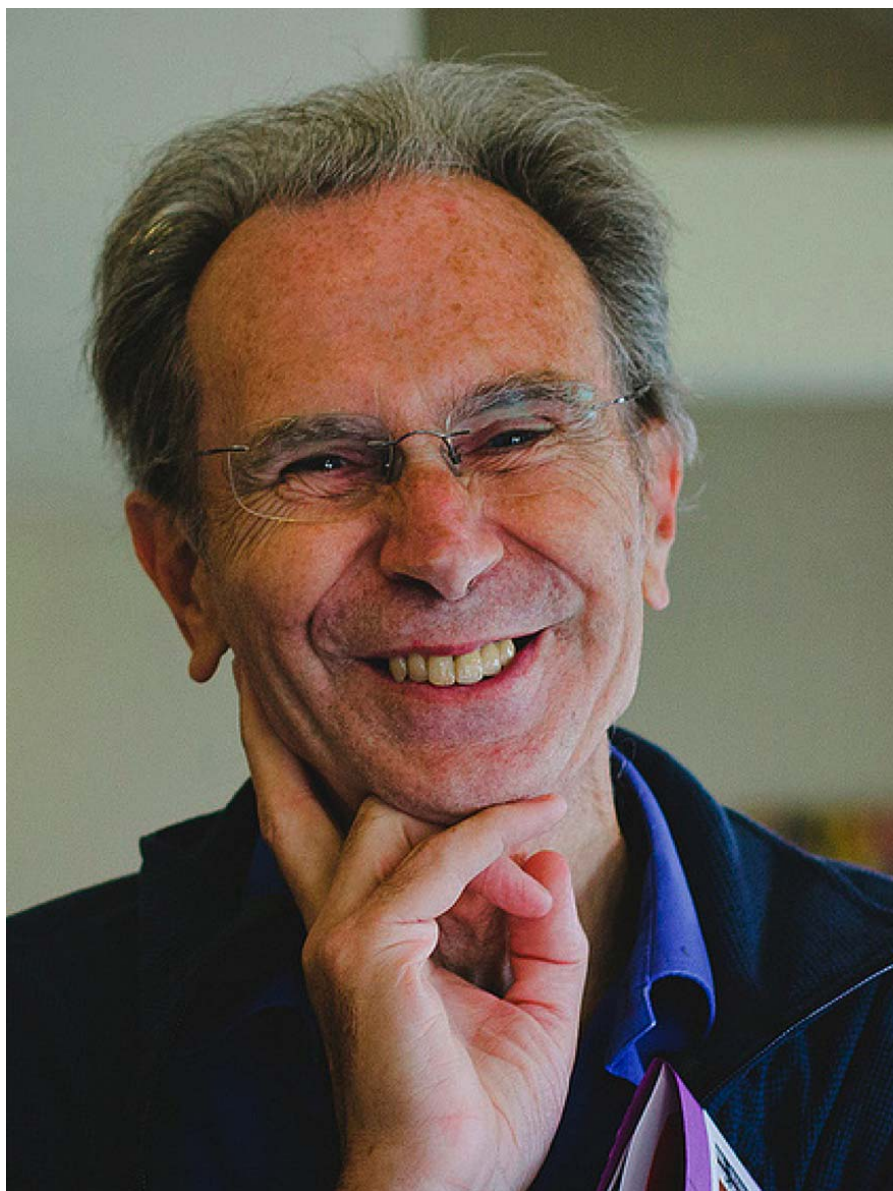
¹⁹ Curtis, B. (2016), *ibid.*

²⁰ Warren, J-P (2014), *ibid.*

²¹ Véase Joseph Michalski, “The Epistemological Diversity of Canadian Sociology.” Forthcoming in *Canadian Journal of Sociology*.

²² Stokes, A. y McLevey, J. (2016) “From Porter to Bourdieu: The Evolving Specialist Structure of English Canadian Sociology.” *Canadian Review of Sociology*, 53(2): 176-202.

> Recordando a John Urry y su obra



| John Urry.

Cuando se ha conocido a alguien por largo tiempo es difícil separar a la persona de su obra, y probablemente sea mejor no intentarlo. John Urry colaboró con la ciencia social no sólo publicando, sino a través de su ejemplo, mediante su forma de ser un académico.

Demostró que para ser un docente o investigador efectivo no es necesario dominar, o cultivar una imagen pública “sobresaliente” o un estilo de escritura complicado. Estaba totalmente libre de preocupación o afectación por el estatus; sus modos relajados y amistosos escondían una mente aguda y crítica y un extraordinario gusto por el trabajo. Estaba más interesado en construir que en destruir; era crítico sin ser jamás cruel: podía disentir de una forma agradable y era siempre directo, en sus escritos y con los otros. Era particularmente bueno alentando y atrayendo jóvenes investigadores tanto a unírsele en su viaje intelectual como a tomar direcciones nuevas propias.

John amaba aprender, tenía un evidente placer intelectual en abrir la sociología a nuevos temas y formas de pensamiento – tanto fuese espacio, tiempo, capitalismo desorganizado, turismo, naturaleza, movilidad, cambio climático, o cosas más específicas como las consecuencias sociales de las impresiones 3D. No le interesaba la devoción por los fundadores de la sociología, pero estaba abierto a cualquier concepto teórico que ilu-

>>

minara los temas particulares que le preocupaban, sin importar su origen. Tenía ojo para los desarrollos sociales que otros sociólogos, más atados a las agendas convencionales, se perdían – sea turismo, movilidad u “*offshoring*”. Para él, la teoría social debía ser usada y mejorada a través de su aplicación a nuevos temas.

No puedo siquiera comenzar a analizar la gama de sus contribuciones en este corto escrito, por lo que sólo comentaré dos períodos – uno temprano en su carrera, el otro hacia el final. Di con su trabajo por primera vez a mediados de la década de 1970, cuando nuestros intereses en el realismo crítico, la economía política y la teoría y espacio social coincidieron. Como muchos otros provenientes de la geografía humana, yo buscaba caminos para involucrarme con la teoría social. John venía en la dirección contraria, haciendo propuestas a la geografía. *Social Relations and Spatial Structures* [Relaciones sociales y estructuras espaciales], de Gregory y Urry, exploró las implicancias sociales de este encuentro, y más adelante en su carrera – particularmente en su trabajo sobre localidades, movi- lidades y *offshoring* – John continuó repensando la relación entre espacio y sociedad.

A fines de la década de 1970 y principios de la de 1980, mucha de la ciencia social británica se vio radicalizada por el marxismo, y John fue

uno de los que se comprometió con él de un modo abierto y fructífero, no dogmático. En ese entonces, la Conferencia de Economistas Socialistas (CSE, por su sigla en inglés) proveía un foco para la discusión y la investigación radical de una amplia gama de temas, con talleres regulares de fin de semana que atraían a investigadores y activistas de todo el país. Fue en uno de estos – el Grupo CSE sobre Regionalismo – donde encontré a John por primera vez. El “Grupo de Lancaster sobre Regionalismo” era uno de los varios grupos de investigación en el Reino Unido que recurría a la teoría radical para investigar qué es lo que estaba sucediendo en lugares particulares. Estos “estudios de localidad” se llevaron a cabo en contraste con debates en curso sobre cómo estaba cambiando el capitalismo, muchos de los cuales caracterizaban la nueva etapa como “post-fordista”. Mientras que ahora podemos ver que esto último era una distracción con respecto a desarrollos más importantes de financiarización y neoliberalismo, John y su colega Scott Lash combinaron investigación empírica y teórica para producir visiones de conjunto diferentes y originales sobre las cambiantes caras del capitalismo en *The End of Organized Capitalism* [El fin del capitalismo organizado] y *Economies of Signs and Space* [publicado en castellano con el título *Economías de los signos y el espacio: sobre el capitalismo de la posorganización*, 1998].

En sus últimos cinco años publicó – ientre otras cosas! – tres libros que exploran un conjunto de problemas relacionados con el cambio climático, los recursos y la sociedad: *Climate Change and Society* [Cambio climático y sociedad], *Societies Beyond Oil* [Sociedades más allá del petróleo], y *Offshoring*. Como señala Scott Lash, John estuvo siempre particularmente interesado en el futuro social y, más recientemente, ayudó a establecer el nuevo Instituto sobre Futuros Sociales en la Universidad de Lancaster.

El cambio climático es sin duda el desafío más grande que enfrenta la sociedad humana. A pesar de que muchos volúmenes recientes sobre el futuro del capitalismo y de la sociedad escasamente mencionan el calentamiento global, John fue uno de los primeros científicos sociales en reconocer la importancia de los combustibles fósiles en el desarrollo de la modernidad y en reflexionar sobre las implicancias del cambio climático en la vida cotidiana. Mientras la mayoría de nosotros conduce su investigación mirando en el espejo retrovisor, estudiando el pasado, John también miraba hacia adelante. Otros mundos – mejores o peores – son posibles, y como él demostró, los científicos sociales pueden y deben sopesarlos y evaluarlos. En estos tiempos peligrosos, es mi deseo que muchos más sigan el ejemplo que él dejó. ■

Andrew Sayer, Universidad de Lancaster, Reino Unido

> John Urry, sociólogo del futuro



Encuentro de directores del Instituto sobre Futuros Sociales, Lancaster, 2015.

John Urry, recientemente fallecido, publicó alrededor de veinte libros, muchos de ellos muy influyentes, y fue uno de los sociólogos más citados del Reino Unido. Luego de graduarse de la Universidad de Cambridge, John hizo toda su carrera en la Universidad de Lancaster, donde fuimos colegas entre 1977 y 1998. Juntos escribimos dos libros, *The End of Organized Capitalism* (1987) [El fin del capitalismo organizado] y *Economies of Signs and Space* (1994) [publicado en castellano con el título *Economías de los signos y el espacio: sobre el capitalismo de la posorganización*, 1998]. Ambos libros le hablaban al futuro; en muchos sentidos, John fue un futurólogo.

Como estudiantes de doctorado, John y Bob Jessop asistieron al seminario que John Dunn dictaba en Cambridge sobre las revoluciones, un seminario influenciado también por Quentin Skinner, tal vez el más conocido estudioso de Hobbes. Las

revoluciones, con su dimensión escatológica, en algún sentido están siempre en el futuro; Hobbes tiene mucho que ver con el poder estatal. Tal vez estas influencias – las revoluciones y el estado – le dieron a John cierta sensibilidad hacia las realidades del poder estatal.

En 1975 John y Russel Keat escribieron *Social Theory as Science* [La teoría social como ciencia], un libro que aborda la epistemología sociológica en el marco de un cierto “realismo”. Lo real no era lo que los agentes sociales percibían sino profundas estructuras que determinaban las relaciones sociales empíricas. Se trataba de un estructuralismo sociológico influenciado por el marxismo estructuralista de Louis Althusser de la década de 1970. Pero mientras el marxismo estructuralista siempre estaba determinado por la base económica, el de Urry era un conjunto mucho más amplio de estructuras sociales e incluía causas estructurales que no sólo determinaban la

experiencia empírica cotidiana, sino que dirigían el cambio social y abrían terreno para las relaciones sociales del futuro.

The End of Organized Capitalism y *Economies of Signs and Space* recibieron buenas críticas y fueron muy citados, influenciando a (y siendo influenciados por) David Harvey y Manuel Castells. *The End of Organized Capitalism* discute la acumulación de capital, pero argumenta que la nueva fase del capitalismo ya no está gobernada por la organización social e institucional, sino por la fragmentación social. John y yo llegamos a este argumento desde perspectivas en parte diferentes.

Yo arribé a la desorganización capitalista desde la perspectiva de la disolución de las negociaciones colectivas centralizadas (de sindicatos y federaciones patronales). John entendía la fase post-1980 del capitalismo más bien en términos de movimiento y flujo, así como de tiempo,

ya no orientados hacia el pasado o el presente, sino hacia el futuro. Así, el libro incluyó los capítulos de John sobre el tiempo y el movimiento turístico de las personas – un argumento que luego se desplegaría en un libro entero, *The Tourist Gaze* [La mirada del turista] que en cierto sentido fundó la sociología del turismo.

A fines de la década de 1980 John editó *Social Relations and Spatial Structures* [Relaciones sociales y estructuras espaciales] con Derek Gregory. La figura clave en este proyecto era Doreen Massey y su idea de “reestructuración”, incluyendo la transformación de “cadenas de valor”. Una cadena de valor podía rastrear el origen de un *commodity*, por decir, materias primas de América del Sur, seguir su transformación en fábricas de, por ejemplo, México, y su mercadeo y distribución en Europa o Estados Unidos. Estas cadenas de valor se estaban “alargando”, conectando lugares cada vez más distantes en el tiempo y el espacio. Nos daban ejemplos empíricos de lo que Giddens llamó “distanciamiento del espacio-tiempo” y Harvey “compresión del espacio-tiempo”.

Esto fue un antecedente de una sociología mucho más completa de los flujos globales en la que John y yo trabajamos en *Economies of Signs and Space*. Castells ya había empezado a señalar un cambio desde la sociedad de estructuras hacia una nueva sociedad de “flujos” globalizada que involucra toda una diversidad de flujos: de capital, de movilidad laboral, de *commodities* y bienes, de contaminación o “pasivos” ambientales, de información y comunicación.

John desarrolló esto en una “sociología de las movilidades”, que se convirtió en una columna vertebral de su investigación y escritura desde fines de la década de 1990 hasta el final. Estaba particularmente interesado en cómo los seres humanos fluían de un lugar a otro, en el turismo. Pero cada uno de sus libros sobre movilidades también incluyó un capítulo convincente, y de lectura obligatoria, sobre “automovilidades”. En ellos podemos ver el mundo desde el prisma de un auto, entendido tecnológicamente.

John escribió una serie de libros sobre el cambio climático, retornando al tema de las movilidades, o flujos,

de “pasivos” – un cambio que coincidió con un marcado giro político de John hacia la izquierda. Yo siempre había estado a la izquierda de John, pero desde 2010 él se convirtió en el más severo crítico del capitalismo, por ejemplo, en su reciente libro *Offshoring*. Recuerdo una conferencia del Consejo de Investigaciones del Reino Unido realizada en Shanghái, en la que actué como copresentador, a la que fueron invitados sociólogos y varios economistas. Estaba presente un eminente economista francés, más bien neoliberal e incluso escéptico sobre el cambio climático, al que John, con ya casi 65 años, enfrentó con la pasión de un joven de 25.

John fue un sociólogo del futuro. Lo conocí cuando ambos teníamos cerca de 30 años; fuimos colegas los siguientes 21 años y amigos cercanos por siempre. Sylvia Walby, la compañera de John durante todos aquellos años, dijo que él me veía como una suerte de inteligencia instintiva, cuyas energías estaban siempre a punto de salirse de control. Le debo a John la deuda impagable de haber puesto algo de estructura en esta energía salvaje. Lo extraño. Lo extrañaremos. ■

Scott Lash, Goldsmiths, Universidad de Londres, Reino Unido

> John Urry,

más que un sociólogo de sociólogos



Conferencia sobre innovación baja en carbono. Shenzhen, China, 2016.

La inesperada muerte de John Urry conmocionó a familiares, amigos y colegas. Él y yo entablamos un primer vínculo siendo estudiantes de posgrado en la Universidad de Cambridge, entre 1967 y 1970. Compartíamos intereses y supervisores, y de ahí en más interactuamos en la Conferencia de Economistas Socialistas y en cónclaves sociológicos. Volvimos a ser colegas en 1990, cuando fui designado al frente de una cátedra de sociología en la Universidad de Lancaster.

John Urry obtuvo una doble titulación en Economía y Política en el Christs' College de Cambridge, donde fue supervisado, entre otros, por James Meade, un economista posteriormente reconocido con el Premio Nobel. En esos años el trabajo de John Maynard Keynes todavía era tenido seriamente en cuenta en Cambridge y la economía heterodoxa aún ocupaba un lugar en la economía política. John se embarcó luego en un doctorado en la Facultad de Economía y Política (en aquel momento no había una Facultad de Ciencias Sociales y Políticas en Cambridge) con el tema de las carencias relativas y la revolución, financiado por una beca del Consejo Británico de Investigación en Ciencias Sociales. Esto fue antes de que Sir Keith Joseph, el extremista Secretario de Estado para la Educación y la Ciencia de la Sra. Thatcher, se resintiera por el menosprecio de los sociólogos hacia su teoría de los ciclos de privación cultural de la pobreza familiar, negara el carácter científico de la sociología y propusiera rebautizar el consejo como Consejo de Investigación Económica y Social. Algunos años más tarde John se desempeñó como Presidente de los Profesores

y Directores del Grupo de Sociología (1989-92), involucrándose fuertemente en la defensa de las ciencias sociales contra arremetidas similares; en 1999 colaboró en la fundación de la Academia Nacional de Académicos, Sociedades Académicas y Profesionales de las Ciencias Sociales del Reino Unido (luego renombrada como Academia de Ciencias Sociales).

En 1970, antes de completar su doctorado, John comenzó a enseñar sociología en Lancaster. Durante 46 años de servicio ininterrumpido contribuyó mucho a la sólida y a la vez flexible cultura de investigación del departamento, a través de su propia obra y de la construcción institucional en toda la universidad. Desde los excitantes días de expansión del “vapor blanco de la revolución tecnológica” y de la influencia del pensamiento de izquierda durante la década de 1970, las universidades han cambiado muchísimo y las demandas hacia académicos y profesores se han incrementado enormemente. Sin embargo, John siempre mantuvo su amor por el aprendizaje, su curiosidad por el cambio social, su evidente placer al explorar nuevos temas y formas de pensamiento – ya se tratara del poder, la teoría social, el espacio, el tiempo, lo local y lo regional, el capitalismo desorganizado, el ocio y el turismo, la naturaleza y el medio ambiente, el uso de la energía y el cambio climático, el diseño urbano, las implicaciones sociales de la impresión 3D y, más recientemente, los futuros presentes y los futuros futuros. Muchos de estos intereses convergieron en sus esfuerzos por fundar el Instituto sobre Futuros Sociales de Lancaster.

En sus contribuciones a esta celebración de la vida de John, Scott Lash y Andrew Sayer describieron algunas de sus obras más inspiradoras. Mi favorita es *Social Theory as Science* [La teoría social como ciencia], escrita en coautoría con Russell Keat (1975, reeditada en 2015), una obra rigurosa y comprensiva que consolidó su trayectoria teórica hasta aquel momento e inspiró mi propio trabajo en la filosofía de las ciencias sociales. No obstante, siempre interesado en estar al día con los cambiantes debates teóricos y sustantivos, John realizaba lecturas variadas y las interrogaba por su valor intelectual agregado, los hallazgos que podrían generar, las anomalías o novedades que revelaban y hacia dónde podrían conducir. Sus intereses abarcaban un amplio abanico, incluían vínculos con las ciencias naturales y ambientales, y reflejaban el fuerte enfoque “post-disciplinar” característico del departamento de sociología de Lancaster. Esto fue clave en su habilidad para mediar entre disciplinas, paradigmas y comunidades epistémicas, vincularse de forma democrática y no dogmática con tantos investigadores y estudiantes, estimularlos para que siguieran sus propios intereses y proyectos, ofrecerles ideas y perspectivas provenientes de su enorme capital intelectual, que a su vez se renovaba y expandía a través de estas interacciones.

Hay muchas formas de convertirse en un sociólogo distinguido y perdurar como tal. John alcanzó la excelencia en la mayoría de ellas. Pero nunca buscó la fama por medio de la obsecuencia con el poder o sacrificando su integridad intelectual. Tenía una forma reconfortantemente “local” en sus lealtades y compromisos críticos, y siempre brindaba su apoyo entusiasta a estudiantes y colegas. Al mismo tiempo, siguiendo con la distinción de Alvin Gouldner entre identidades organizacionales, era firmemente “cosmopolita”, con una presencia intelectual de escala global. Sus intereses y proyectos abarcaban los mundos naturales y sociales, y su influencia se extendía globalmente a través

de redes personales y oportunas intervenciones en debates emergentes.

John fue un “sociólogo de sociólogos” que conocía y respetaba el oficio pero también aspiraba a desarrollarlo. Fue reconocido por sus innovaciones de punta tanto como por su firme promoción y defensa de la disciplina frente a las arremetidas de los políticos. Pero también fue un espíritu intelectual incansable – la antítesis de un profesional de carrera que limita su interés a un único proyecto sustantivo enmarcado en una perspectiva restringida de la disciplina. Su curiosidad sin límites lo llevó a una vida en permanente movimiento, relacionando campos diversos y dando impulso a nuevas iniciativas de investigación y debates políticos. En efecto, John trabajó en las fronteras de los campos teóricos, empíricos y aplicados de las ciencias sociales, reflejando las tendencias sociales y dando forma a trabajos innovadores. Es impresionante lo mucho que consiguió: en su propia obra, en colaboración con otros, en el desarrollo de redes internacionales, en la dirección de investigaciones, en el manejo de la interminable sucesión de evaluaciones y en la promoción de las ciencias sociales. Igualmente sorprendente es que haya conseguido todo esto sin perder nunca su forma de ser relajada, generosa, accesible y bien humorada.

John tuvo también una mente heroica: creía, como C. Wright Mills (autor del clásico *La imaginación sociológica*, de 1959), que era más importante decir algo significativo corriendo el riesgo de estar equivocado que estar siempre en lo correcto, a costa de repetir una verdad trivial. En los últimos años se había vuelto más activo como intelectual público, interviniendo en debates y tomando posición en cuestiones cruciales para el futuro de la humanidad y del planeta. Pero por sobre todo fue un gran colega y su influencia sobrevivirá a través del trabajo y los debates de aquellos a quienes inspiró. ■

Bob Jessop, Universidad de Lancaster, Reino Unido

> Sobre proximidades y movilidades

Conmemorando a John Urry



Conferencia sobre “Ciudades del futuro: ¿inteligentes o felices?”, Lancaster, 2016.

El sociólogo británico John Urry falleció, lamentablemente, el pasado marzo, justo cuando celebrábamos la publicación de nuestro artículo escrito en coautoría “*Mobilizing the New Mobilities Paradigm*” [Movilizando el nuevo paradigma de la movilidad] en la revista *Applied Mobilities*, en el cual evaluamos el impacto del paradigma de la movilidad en las ciencias sociales en la última década. Estábamos también en medio de la escritura de un artículo conjunto para *Current Sociology* sobre la relación entre el “giro de las movilidades” y el “giro espacial”; me siento afortunada de haber tenido la oportunidad de hablar con John sobre los orígenes de

su pensamiento respecto al espacio y la movilidad, y sobre su relación con la sociología como una disciplina.

Me incorporé al Departamento de Sociología de la Universidad de Lancaster en 1998, en parte porque John estaba allí. Gracias a su habilidad para crear un ambiente colaborativo y transdisciplinario exitoso, John atrajo docenas de estudiantes de posgrado, estudiantes posdoctorales, investigadores invitados y nuevos profesores al noroeste de Inglaterra. Luego de trabajar juntos en varios artículos relacionados con la movilidad, cofundamos el Centro de Investigación sobre Movilidades en Lancaster en 2003; durante los años siguien-

tes, llevamos a cabo la conferencia inaugural Futuros de Movilidad Alternativa; fundamos la revista *Mobilities* junto con Kevin Hannam; coeditamos un número especial de *Environment and Planning A* sobre “materialidades y movilidades”, y coeditamos *Mobile Technologies of the City* [Tecnologías móviles de la ciudad]. En esta avalancha de trabajo fundacional hubo un fuerte énfasis en pensar a lo largo de escalas espaciales, desdibujando las fronteras disciplinares, explorando materialidades y temporalidades, moviéndonos más allá de marcos nacionales y societales “sedentarios”, y explorando hasta qué punto las “movilidades” podrían proveer una visión para un tipo diferente de ciencia so-

cial: más abierta, más amplia, más vital, en mayor sintonía con otros campos.

Estoy muy agradecida por nuestra conversación reciente, en la cual John rastreó los orígenes de su interés por la movilidad, ubicándolos en el giro espacial en la teoría social, comenzando con el libro de Lefebvre de 1974, *La production de l'espace* [publicado en castellano con el título *La producción del espacio*, 2013], y en los debates británicos generados por otra gran pensadora que lamentablemente hemos también perdido recientemente, Doreen Massey. Su *Spatial Divisions of Labour* [Divisiones espaciales del trabajo], de 1984, examinó los complejos y variados movimientos del capital dentro y fuera del lugar y las consecuentes formas de sedimentación dentro de cada lugar. Este libro fue seguido en 1985 por *Social Relations and Spatial Structures* [Relaciones sociales y estructuras espaciales], de Gregory y Urry, que aunó las contribuciones geográficas y sociológicas de Harvey, Giddens, Massey, Pred, Sayer, Sija y Thrift. Esta colección dio cuenta del cambio de John hacia lo que llamó “los ociosos movimientos de gente dentro y fuera de los lugares”, desarrollados más a fondo en *The Tourist Gaze* (1990) [La mirada del turista], así como las múltiples movilidades y sus consecuencias espaciales, discutidas en *The End of Organized Capitalism* (1987) [El fin del capitalismo organizado] y *Economies of Signs and Space* (1994) [publicado en castellano con el título *Economía de signo y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, 1998]. Los libros anteriores de John, *Social Theory as Science* (1975, con Russell Keat) [La teoría social como ciencia] y *The Anatomy of Capitalist Societies* (1981) [La anatomía de las socie-

dades capitalistas] fueron también importantes contribuciones teóricas y sentaron las bases de su trabajo futuro. Para mediados de la década de 1990 las teorizaciones sobre los espacios de “flujo” y “red” se volvieron especialmente significativas con la trilogía de Castell, de 1996, sobre la *sociedad red*; y hacia el cambio de milenio “movilidad” había emergido como un término clave. *Sociology Beyond Societies* [La sociología más allá de las sociedades], de Urry, ayudó a consolidar la atención puesta en las movilidades como un concepto clave dentro de una emergente ciencia social espacial, o “sociología móvil” – un enfoque que se ha vuelto crecientemente influyente en los últimos quince años, al menos fuera de los Estados Unidos.

Este paso al énfasis sobre la movilidad coincidió con la fundación de las revistas *Environment and Planning D: Society and Space* y *Theory, Culture and Society*, junto con Polity Press, a comienzos de la década de 1980. John describió estas publicaciones como parte de un esfuerzo por desarrollar una ciencia social y una teoría social post-disciplinarias en respuesta a los ataques del gobierno de Thatcher a las universidades y, especialmente, a los recortes en los programas universitarios de ciencias sociales.

John también describió su trabajo como opuesto a la ciencia social estadounidense y al “empirismo británico”. Desde mi perspectiva, los contornos anti-positivistas y críticos de la obra de John Urry ayudan a explicar la aparente reticencia de la Asociación Americana de Sociología, y de muchos departamentos de sociología tradicionales de los Estados Unidos, a involucrarse con el nuevo paradigma de la movilidad – un paradigma que considero como una luz de espe-

ranza para una ciencia social crítica, comprometida y post-disciplinaria.

A pesar de la aparente arrogancia de anunciar algo como “nuevo paradigma”, John era personalmente muy humilde y modesto, por lo que jamás proclamaba sus propios logros. La postura personal de John era completamente anti-elitista y anti-neoliberal, como se evidenciaba materialmente en sus acciones cotidianas y simbólicamente en su siempre monocromático uniforme de trabajo: usualmente una camisa de algodón azul, saco y pantalón azules, siempre con el cuello abierto y sin corbata. Era un igualitarista de pies a cabeza, sin paciencia para las pretensiones, las jerarquías o la búsqueda de estatus. Recibía a estudiantes y visitantes de todo el mundo con una sonrisa contagiosa, y siempre hacía lugar para todos en la mesa.

John Urry creó un nuevo tipo de sociología móvil: una que va más allá de las disciplinas, habilita nuevos tipos de formación intelectual y le permite renovar su relevancia en todo el mundo en la medida que se ocupa de cuestiones públicas cruciales – incluyendo su más reciente obra sobre cambio climático, extracción de recursos y economías oscuras. El nuevo paradigma de la movilidad y el extenso cuerpo de trabajo de Urry continúan marcando un contraste con respecto a las tradiciones cuantitativas y empiristas de las ciencias sociales británicas y norteamericanas, al mismo tiempo que luchan contra las jerarquías de los departamentos académicos, los organismos profesionales y la clausura disciplinaria de la universidad neoliberal. La sociología haría bien en continuar los cambios que él ha iniciado. ■

Mimi Sheller, Universidad Drexel, EE.UU.

> Campañas estudiantiles contra la violencia sexual

por **Ana Vidu**, Universidad de Barcelona, miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Economía y Sociedad (RC02) y **Tinka Schubert**, Universidad Loyola Andalucía, miembro del Comité de Investigación de la ISA sobre Mujeres y Sociedad (RC32)¹



Ilustración por Arbu.

Hace tiempo que la Universidad de California en Berkeley ocupa un lugar central en los debates sobre el acoso y los abusos sexuales en los campus, no por tener un número inusual de incidentes, sino por la respuesta que les ha dado. Desafortunadamente, se trata de un problema muy extendido en la mayoría de las universidades. Entre las muchas instituciones que enfrentan la cuestión, UC Berkeley es conocida por su extraordinaria movilización estudiantil contra el acoso sexual, un movimiento que ha comenzado a replicarse en otros campus.

>>

UC Berkeley tiene una tradición pionera de protestas estudiantiles contra la violencia de género que le otorgan liderazgo en esta lucha. El tema fue planteado por primera vez a fines de la década de 1970, cuando estudiantes de sociología formaron *Mujeres Organizadas Contra el Acoso Sexual* (WOASH, por su sigla en inglés), un grupo de mujeres que decidió actuar en representación de las trece denuncias de estudiantes contra un profesor de sociología. Por ser una de las primeras experiencias, ayudó a romper el silencio sobre la violencia de género en la educación superior en los Estados Unidos y abrió nuevos espacios para la lucha contra el acoso y los abusos sexuales en las universidades.

La denuncia federal de 1979 que WOASH presentó contra la universidad constituye una de las primeras instancias en las que se utilizó el Artículo IX como marco legal contra los abusos sexuales en la academia. Pero WOASH no se detuvo allí. Dos años después creó las primeras guías de orientación para los estudiantes que ingresaban al campus, con materiales diseñados para ayudarlos a identificar el acoso sexual, resumen de las conductas que no serían toleradas por la universidad e información para las víctimas sobre dónde procurar consejo o hacer denuncias en caso de una conducta inaceptable.

Para la década de 1990, tanto el número de denuncias como de políticas y recursos para los supervivientes, así como oficinas dedicadas a prevenir y solucionar los casos de acoso sexual en los campus, se habían incrementado significativamente. En 2003 se introdujo el “no significa no” en la *Ley de Abuso Sexual Criminal*, con el fin de establecer el “consenso” como un prerrequisito para la actividad sexual.

A principios del 2010, una nueva generación de estudiantes activistas de todo el país declaró que las universidades no se tomaban en serio las denuncias y por lo tanto violaban el Artículo IX. Se presentaron denuncias contra las universidades estadounidenses, acusándolas de no proteger adecuadamente al estudiantado contra la violencia sexual. En 2013 la Legislatura del Estado de California exigió a la UC Berkeley que revisara sus políticas sobre acoso y abuso sexual; un año después las estudiantes presionaron a favor de una ley de consenso “Sí significa Sí” para los campus universitarios, que requiere un *acuerdo afirmativo, consciente y voluntario* para cualquier contacto sexual, reconociendo que las víctimas no siempre pueden decir “no”.

En 2015 el activismo estudiantil se hizo más visible que nunca, creando un contexto de solidaridad y apoyo en toda la comunidad universitaria e impulsando a sus integrantes a actuar contra la violencia de género. Recientemente, la presión social ejercida por el cuerpo docente y los miembros del departamento de astronomía persuadieron a un famoso profesor de Berkeley, candidato al Premio Nobel,

a renunciar en respuesta a denuncias de acoso sexual que se remontaban muchos años atrás. Poco después, la Universidad de California creó un comité para investigar los procedimientos de la universidad ante los casos de profesores que enfrentan cargos de abuso sexual.

La lucha contra la violencia sexual en los campus de las universidades estadounidenses involucra tanto el activismo social como cambios legales. Las protestas de WOASH de 1979 fueron cruciales para *crear el contexto*, sentando un precedente mediante la visibilización del tema y la presentación de denuncias contra los acosadores y contra las universidades que los toleraban. Las manifestaciones ayudaron a cambiar la cultura de campus, elevando la conciencia pública en todo el país y creando una cultura de respeto y tolerancia cero ante el acoso sexual por parte de cualquier miembro de la universidad. El abuso sexual en los campus universitarios se reconoce actualmente como un problema para toda la comunidad – un cambio que permite a los supervivientes acudir a mecanismos formales e informales de contención.

El activismo estudiantil continúa desafiando y mejorando las políticas del campus de Berkeley – en una tradición que puede verse en funcionamiento, por ejemplo, en la principal entrada del campus, donde los estudiantes publicitan sus distintas preocupaciones sociales. Incluso en el autobús a Berkeley se pueden escuchar conversaciones sobre el acoso sexual. En el campus suele verse los estudiantes manifestándose, y cerca del edificio administrativo puede encontrarse una “exhibición” de camisetas pintadas con diversas consignas contra la violencia de género. Las conferencias sobre abuso sexual son ahora una actividad común en los campus, y los periódicos estudiantiles publican las últimas noticias sobre violencia de género en primera plana.

En los Estados Unidos la campaña contra el acoso sexual se ha llevado a cabo en encuentros locales y nacionales, así como a través de una asociación nacional dedicada a este esfuerzo. Una campaña notoria, fundada por supervivientes y activistas, levanta la consigna *Terminemos con las violaciones en los campus*. Otras iniciativas son un programa de televisión de la UC Berkeley, *A look into sexual assault* [Un mirada sobre el abuso sexual]; un documental titulado *The Hunting Ground* [El coto de caza]; o libros y novelas como *Again and again* [Una y otra vez]. Dentro de la esfera política, el gobierno de los Estados Unidos abrió un sitio web llamado *“Not Alone, Together Against Sexual Assault”* [No estás sola/o, juntos contra el abuso sexual] en la que se publican recursos, información, legislación y datos útiles para escuelas, estudiantes y todo aquél interesado en la cuestión. La propia Casa Blanca y el Consejo Nacional de Líderes de los Campus promovieron la campaña *Depende de nosotros* para concientizar, prevenir y responder ante los abusos sexuales, considerándolos un problema nacional. El gobierno llama a no quedarse al

margen, sino a comprometerse y ser parte de la solución. *Depende de nosotros* pretende generar un cambio cultural en torno al abuso sexual en los campus universitarios y proveer a cada víctima los recursos que amerita.

Las acciones llevadas a cabo por estudiantes de Berkeley y de otras universidades estadounidenses no sólo han cambiado las respuestas institucionales frente al acoso sexual, sino que han influenciado a movilizaciones estudiantiles a nivel global. Como mencionamos, las fuertes redes de solidaridad entre supervivientes son clave en todo el mundo y acelerarán el progreso de esta lucha. Por ejemplo, en España han surgido campañas estudiantiles en los últimos años, a pesar del silencio impuesto por las estructuras feudales y las amenazas de represalias por parte de los agresores. La *Red Solidaria de Víctimas de Violencia de Género en las Universidades* está impulsando actualmente un fuerte movimiento en toda España. De todas formas, incluso en estos tiempos son muy pocos los profesores

que se comprometen con esta lucha, pudiendo enfrentar serias represalias si lo hacen. La red fue creada por los activistas y supervivientes de la primera denuncia presentada contra un profesor universitario por acoso sexual. Teniendo que hacer frente a la falta de respuestas institucionales, decidieron movilizarse por su cuenta, contactar los medios de comunicación y convertirse en una red de referencia para todas aquellas estudiantes y supervivientes del abuso sexual universitario. La red ha sido reconocida como una “buena práctica” por parte del Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad de España.

El movimiento social y el activismo de estudiantes estadounidenses en torno a la violencia de género han inspirado estudiantes de los campus de España y de otras partes del mundo. Estos movimientos, apoyados por un fuerte compromiso público, jugarán un rol fundamental en la construcción de las universidades que merecen las generaciones futuras. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ana Vidu <ana.vidu@ub.edu> y Tinka Schubert <tschubert@ub.edu>

¹ La investigación para este artículo fue llevada a cabo durante una visita de Ana Vidu a la Universidad de California, Berkeley, y de Tinka Schubert al Centro de Estudios de la Universidad de la Ciudad de Nueva York.

> La tercera vía de Mondragón: respuesta a Sharryn Kashmir

por **Ignacio Santa Cruz Ayo**, Universidad Autónoma de Barcelona, España, y **Eva Alonso**, Universidad de Barcelona, España

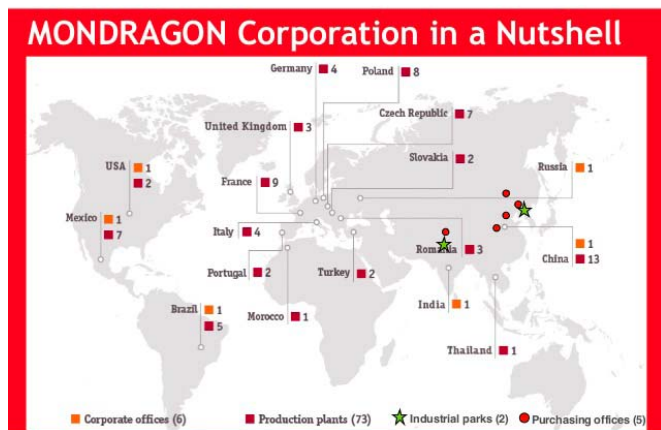


Un mural en la ciudad de Mondragón.
Foto por Christian Weber.

Como investigadores abocados al estudio de cooperativas, nos gustaría agradecer a *Diálogo Global* por abrir el debate y permitirnos responder la evaluación de Sharryn Kashmir sobre la cooperativa Mondragón, publicada en *Diálogo Global* 6.1 (marzo de 2016).

Los comentaristas críticos de cooperativas como la famosa Mondragón de España, suelen argumentar que “enfrentadas a la competencia, las cooperativas devienen empresas capitalistas, o fracasan”. Dado que Mondragón claramente no está fracasando, muchas críticas, incluyendo la de Kashmir, intentan poner en evidencia su degeneración en una firma capitalista estándar con precarias condiciones laborales. La crítica suele contar con dos elementos: la proliferación de trabajadores temporales y la expansión internacional de empresas subsidiarias no cooperativas. En este artículo ofrecemos algunas pruebas de que, en vez de abandonar sus principios cooperativos, los miembros de Mondragón ven estos desafíos como oportunidades para fortalecer y ampliar su modelo. En nuestras propias investigaciones identificamos una tercera vía para el cooperativismo: el modelo de cooperativa competitiva no capitalista.

Por más de 60 años la creación de empleos sustentables y de calidad ha sido el objetivo central de Mondragón. Según su informe anual de 2014, la empresa nuclea actualmente unas 263 organizaciones, incluyendo 103 cooperativas y 125 compañías productivas subsidiarias. En conjunto, el grupo es responsable por 74.117 empleos. A lo largo de toda su historia, Mondragón ha sido capaz de crear y mantener empleos incluso durante las recesiones económicas, convirtiendo cada puesto, cuando fuese posible, en permanente. Hoy en día la mayoría de los empleos no cooperativos se encuentran en tres áreas: el sector de la distribución, las subsidiarias industriales españolas y las internacionales.



El alcance global de las cooperativas Mondragón.

Mondragón apela a tres estrategias distintas para convertir los trabajos temporarios en cooperativos. En el sector de distribución se utiliza el plan EMES (Estatuto Marco de la Estructura Societaria). Eroski, el grupo de distribución de Mondragón, adquirió otro grupo (Caprabo) y luego fusionó los supermercados de ambos. En 2009 la asamblea general de Eroski aprobó el plan EMES, y otorgó a todos los empleados la oportunidad de asociarse en cooperativas de trabajadores. A pesar de que este plan está todavía vigente, la cooperativa Eroski se encuentra en una situación difícil: enfrenta enormes pérdidas y está en un proceso interno de reestructuración para reducir y refinanciar la deuda acumulada. No es, por lo tanto, el mejor contexto para invitar trabajadores no cooperativistas a convertirse en miembros.

Una segunda estrategia consiste en la conversión de las subsidiarias industriales en cooperativas mixtas, permitiendo a los trabajadores integrarse como miembros. Se trata de una alternativa que sólo es factible en caso de que las compañías sean viables y que tanto los socios cooperativos como los trabajadores de la subsidiaria estén de acuerdo con extender la membresía. Esto ha ocurrido en varios casos: la Maier Ferroplast Limitada, que pertenecía a la Sociedad Cooperativa Maier (2012); la cooperativa Victorio Luzuriaga Usurbil (2004); Fit Automotive (2006) y la cooperativa Victorio Luzuriaga Tafalla (2008). Estos no son ejemplos inusuales ni aislados de cómo cooperativizar subsidiarias industriales.

La tercera estrategia involucra las subsidiarias internacionales fuera del País Vasco, que representan la supuesta degeneración del modelo cooperativo. El grupo ha creado subsidiarias en el extranjero buscando mantener y expandir el empleo de las cooperativas madres. Desde este punto de vista, esta estrategia ha sido exitosa, en la medida en que la internacionalización ha generado más empleos de los que se mantuvieron en el país de origen. Al contrario de lo que afirman algunos críticos, las estadísticas

muestran un incremento en el porcentaje de trabajadores que se integran como miembros. Según Altuna (2008), en 2007 los miembros llegaban a un 29,5% de los empleados. Para 2012 los miembros conformaban cerca de 40,3% del total de la fuerza de trabajo.

En 2003, el Octavo Congreso de Mondragón decidió que el principal objetivo del grupo sería expandir los valores cooperativos, promoviendo la participación (en la administración, la inversión y los beneficios) a través de la extensión del Modelo Corporativo de Gestión de Mondragón a las subsidiarias internacionales. A pesar de ser un esfuerzo bien intencionado, son muchos los obstáculos que se interponen en el camino. La conversión de estas compañías al modelo de negocios cooperativo supone barreras económicas, legales y culturales conocidas (Flecha y Ngai, 2015). Por ejemplo, algunos marcos legales nacionales no reconocen los modelos cooperativos, muchos trabajadores no cuentan con los recursos económicos para volverse miembros y, en algunas subsidiarias, los trabajadores no comprenden el significado mismo de una cooperativa. La cultura de Mondragón surgió en el País Vasco hace sesenta años y fue transmitida de generación en generación. Transferir esta cultura a otro contexto no es sencillo. De todos modos, se han alcanzado algunos éxitos. Por ejemplo, Ángel Errasti (2014) describe la integración de los representantes sindicales al Consejo Administrativo de una subsidiaria de Fagor Electrodomésticos en Polonia, lo que implica un avance en la participación de los trabajadores en la gestión de la compañía.

Mondragón plantea numerosos y complejos interrogantes sobre el rol de las cooperativas en la actual economía competitiva global. Sus cooperativas deben operar en un mundo competitivo por lo que, en ciertas ocasiones, fracasar en la internacionalización podría poner en riesgo la oportunidad de crear nuevos empleos en España y el extranjero. Aunque las empresas cooperativas son minoría y las compañías capitalistas imponen las reglas del

mercado, esto no implica que haya un único camino para sobrevivir en la economía globalizada. El grupo Mondragón ha logrado encarar la internacionalización de forma innovadora. Cuando crea subsidiarias en el extranjero, la prioridad de Mondragón ha sido mantener los empleos y preservar las cooperativas locales, en lugar de tercerizar la producción o desplazarla hacia el extranjero.

Además, Mondragón ha sido exitosa en mantener mejores condiciones laborales que otras cooperativas o compañías capitalistas. Incluso sus críticos reconocen esta contribución, y es bien conocido el deseo de sus miembros para que

su descendencia pueda tener acceso a empleos cooperativos como los suyos, a la vez estables y de calidad. Este principio de creación de empleos sustentables y de calidad se transfiere también a las subsidiarias internacionales. En este sentido, Luzurraga e Irizar (2012) muestran que además de cumplir con las regulaciones locales y nacionales, las subsidiarias han mejorado las condiciones laborales, por ejemplo, en salarios y oportunidades de capacitación. A pesar de no haber sido capaz de cambiar las dinámicas del capitalismo global, el movimiento cooperativo de Mondragón continúa su histórico esfuerzo por crear un mundo mejor para los trabajadores y sus comunidades. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ignacio Santa Cruz Ayo <lnaki.SantaCruz@uab.cat> y Eva Alonso <eva.alonso@ub.edu>

Referencias

Altuna, L. (ed.) (2008) *La experiencia cooperativa de Mondragón, una síntesis general*. Eskoriatza: Lanki-Huhezi, Mondragon Unibertsitatea.

Errasti, A. (2014) "Tensiones y oportunidades en las multinacionales cooperativas de Mondragón: El caso Fagor Electrodomésticos, Sdad. Coop." *Revesco: Revista de Estudios Cooperativos*, 113: 30-60.

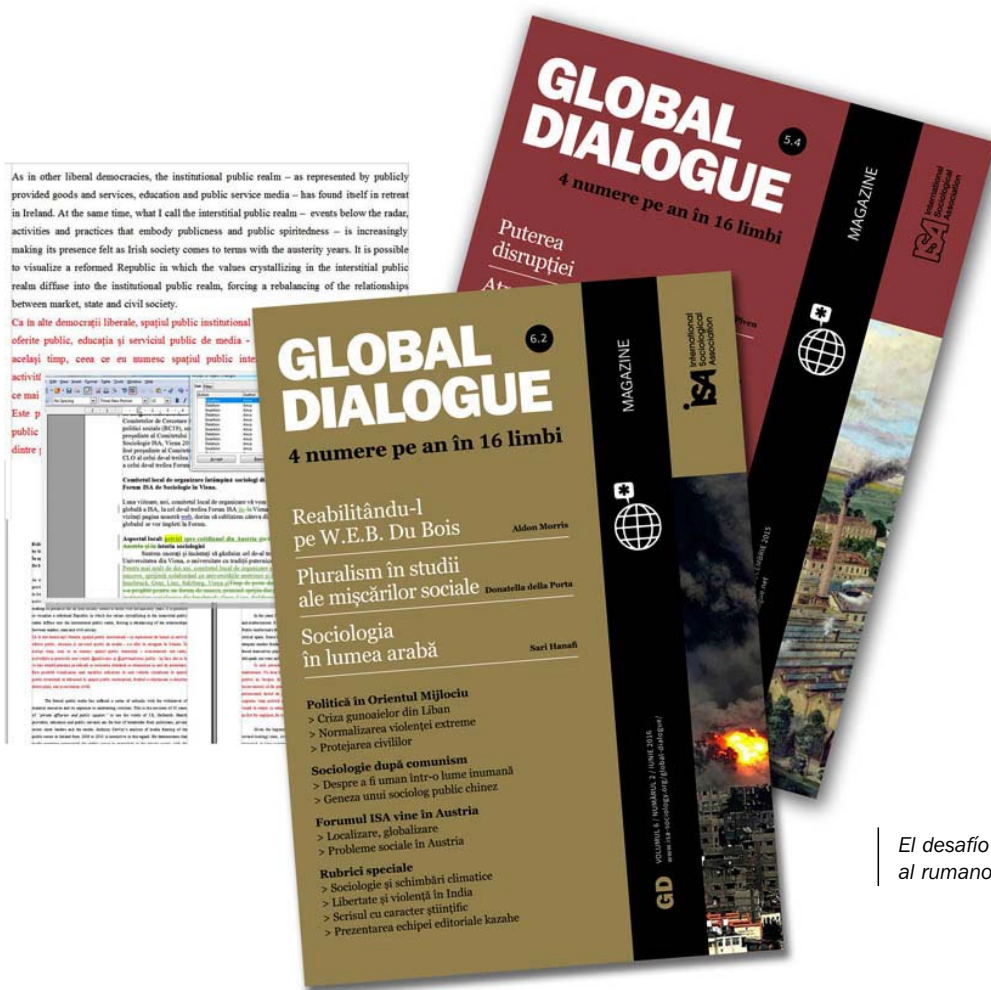
Flecha, R. y Ngai, P. (2015) "The challenge for Mondragon: Searching for the cooperative values in times of internationalization." *Organization*, 21 (5): 666-682.

Kasimir, S. (marzo 2016) "Las cooperativas Mondragon, éxitos y desafíos". *Diálogo Global* 6.1.

Luzarraga, J.M. e Irizar, I. (2012) "La estrategia de multilocalización internacional de la Corporación Mondragón." *Ekonomiaz*, 79: 114-145.

> Traduciendo *Diálogo Global* al rumano

por **Costinel Anuta, Corina Bragaru, Anca Mihai, Oana Negrea, Ion Daniel Popa y Diana Tihan**. Universidad de Bucarest. Rumania



El desafío de traducir Diálogo Global al rumano.

Este artículo describe la génesis y estructura del equipo editorial rumano de *Diálogo Global*, centrándose en su desarrollo y proceso de trabajo, así como en algunas prácticas idiosincráticas del equipo.

El equipo editorial rumano fue iniciado por el profesor Marian Preda, quien alentó a estudiantes de posgrado a involucrarse en esto como parte de su formación docto-

ral, y por las profesoras Cosima Rughiniş e Ileana-Cinziana Surdu, quienes ayudaron al equipo a desarrollar su proceso de producción. Ileana guió el equipo en cada paso y contribuyó enormemente a darle forma a sus operaciones actuales.

Luego de recibir las versiones en inglés de los artículos de *Diálogo Global*, el equipo envía invitaciones a colegas que ya han estado en el grupo editorial y a estudiantes

del programa de posgrado en sociología de la Universidad de Bucarest. Entre los incentivos más convincentes para unirse al equipo cuenta la experiencia en la práctica de habilidades sociológicas y lingüísticas para la lectura, el procesamiento y la traducción de cada artículo – con el incentivo adicional de la membresía estudiantil en la ISA luego de haber colaborado en cinco números.

Una vez que los borradores en inglés son subidos a una carpeta de Dropbox, los artículos se traducen en las siguientes dos semanas. Se le solicita a cada traductor que se ocupe de una cierta cantidad de páginas, generalmente entre cuatro y diez, dependiendo de la edición. La tercera semana supone un proceso de revisión por pares en el cual cada miembro del equipo revisa un artículo previamente traducido por otro colega. Las versiones en inglés y en rumano de los artículos son permanentemente comparadas, con el objeto de captar mejor el significado y estilo originales del texto. Durante la cuarta semana, otro miembro del equipo, implicado recientemente en el proceso, revisa cada artículo, buscando mantener compatibilidad entre los artículos (por ejemplo, homogeneizando los estilos de citación de la revista; decidiendo qué sinónimo queda mejor), y finalmente, el equipo corrige y edita los artículos en rumano.

Aun así, las cosas no siempre se desarrollan fluidamente: cada uno de nosotros ha tenido que trabajar sobre habilidades sociales, incluyendo la paciencia y la adaptabilidad. Uno de los desafíos más espinosos ha sido reproducir el significado del original inglés en un rumano fluido y natural; a veces, hemos tenido que acuñar terminolo-

gía adecuada para conceptos relativamente nuevos como “*trickle down*” economy, que encontramos en uno de los artículos del número 5.4. Estos desafíos provienen de la diferencia estructural entre el inglés (una lengua germánica) y el rumano (una lengua latina), dos idiomas que a veces utilizan reglas de sintaxis y orden de palabras que entran en conflicto. Los calurosos debates sobre qué palabras o frases serían la mejor traducción ofrecen buenas oportunidades no sólo para refrescar nuestro inglés, sino también para pulir el uso de nuestro propio idioma nativo. A veces luchamos por encontrar frases en rumano para conceptos sociológicos que son bastante nuevos – un debate que normalmente se resuelve cuando un voluntario puede traer evidencia de que un sociólogo rumano ha utilizado una versión traducida de los términos en inglés. Por lo tanto el desafío de la traducción nos ayuda de dos maneras: mejora nuestra competencia lingüística y fortalece al mismo tiempo nuestro conocimiento sociológico general. Llegar a la fecha límite de las traducciones, mientras aún debatimos cuestiones teóricas, es otro desafío – especialmente dado que todos los miembros tienen que cuadrar su trabajo en *Diálogo Global* dentro de sus agendas académicas y profesionales.

Dada la gran variedad de temas cubiertos por la revista, unirse a la familia de *Diálogo Global* requiere de considerable experimentación con varias culturas académicas y locales. A lo largo del proceso de traducción, cada miembro del equipo aporta su experticia para que cada número de la versión rumana sea el fruto de una participación entusiasta, interés genuino y máxima dedicación. ■

Dirigir toda la correspondencia a:

Costinel Anuța <costinel.anuta@gmail.com>

Corina Brăgaru <bragaru_corina@yahoo.com>

Anca Mihai <anca.mihai07@gmail.com>

Oana Negrea <oana.elena.negrea@gmail.com>

Ion Daniel Popa <iondanielpopa@yahoo.com>

Diana Tihan <tihandiana@yahoo.com>